



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

Tomó su partido sin la menor vacilación. Se levantó, arrastró tras sí al holandés, que se encontraba sin fuerza para resistirle, y deteniéndose en el momento de entrar en el hotel, le dijo:

—Año mío, hay un límite siempre para todo, aun para la estupidez humana. Nosotros no iremos más lejos.

Van Mitten recibió esta declaración con su habitual calma, de la que nadie le podía sacar.

—¿Cómo, Bruno—dijo—es aquí, en este rincón del Cáucaso, en donde tú me propones quedarnos?

—¡No, señor, no! Os propongo sencillamente dejar al señor Keraban, que vuelva cuando le convenga a Constantinopla, mientras nosotros nos vamos tranquilamente por uno de los paquebots de Poti. El mar no os daña, á mí tampoco, y así no corró el riesgo de adelgazar más, lo que me sucederá infaliblemente si continúo viajando en las mismas condiciones.

— Ese partido puede ser bueno, bajo tu punto de vista—respondió Van Mitten—pero en el mío no es así. Abandonar á mi amigo Keraban cuando ya llevamos la tercera parte de nuestro trayecto, eso merece alguna reflexión.

— El señor Keraban no es vuestro amigo—respondió Bruno.— Sois el amigo del señor Keraban; hé aquí todo. Por otra parte, no puede ser el mío, y no le sacrificaría lo que me queda de robustez, por la satisfacción de sus caprichos de amor propio. Decís que se ha efectuado la tercera parte del viaje; será verdad, pero me parece que la cuarta ofrece otras dificultades á través de un país medio salvaje.

Estoy de acuerdo con que no os sobrevenga nada de desagradable personalmente; pero os repito, si os obstinaís, tened cuidado.... caeréis enfermo.

La insistencia de Bruno en profetizarle alguna grave complicación de donde no saldría sano y salvo, no dejaba de incomodar á Van Mitten. Aquellos con-

sejós de un fiel servidor le influían algo. En efecto, aquel viaje por la frontera rusa, á través de las regiones poco frecuentadas del pachalik de Trebisonda y de la Anatolia septentrional, y enteramente ocultas á la autoridad del Gobierno turco, esto valía la pena de observarlo bien ántes de emprenderlo. Así es que, dado su carácter afable, Van Mitten se sintió

yencido, lo que no se escapó á la vista de Bruno. Éste redobló sus instancias. Hizo valer muchos argumentos, mostró su traje flojo por la cintura, al rededor de un vientre que iba disminuyendo día por día. Insinuante, persuasivo, y áun elocuente, bajo el imperio de una convicción profunda, condujo á su amo hasta el punto de participar de sus ideas, con á



Solamente Ahmet tenía un brioso animal.

necesidad de separar su suerte de la de su amigo Keraban.

Van Mitten reflexionaba. Escuchaba con atencion, moviendo á veces la cabeza. Cuando aquella grave conversacion concluyó, no le retenia más que el temor de tener una discusion con su incorregible compañero de viaje.

— Pues bien—dijo Bruno, que para todo tenía respuesta— las circunstancias son favorables. Puesto que el señor Keraban no está aquí, dejemos aparte su politica, y abandonemos á su sobrino Ahmet, ocupado en encontrarle por la frontera.

Van Mitten movió la cabeza negativamente.

— A esto no hay más que un impedimento—dijo,

— ¿Cuál?—pregunto Bruno.

— Que he abandonado á Constantinopla con muy poco dinero, y ahora mi bolsa está vacía.

— ¿No podeis, señor, hacer que manden una suma suficiente del banco de Constantinopla?

— No, Bruno, es imposible. El depósito de lo que yo poseo en Rotterdam no puedo ya....

— ¿De manera que para obtener dinero para nuestra vuelta?...—preguntó Bruno.

— Es necesario que me dirija á mi amigo Keraban—respondió Van Mitten.

Esto no agradaba á Bruno. Si su amo volvía á ver al señor Keraban, si le indicaba parte de su proyecto, habría una discusion, y Van Mitten no sería él

más fuerte. ¿Pero qué hacer? ¿dirigirse directamente al joven Ahmet? ¡No, sería inútil! Ahmet no propondría jamás á Van Mitten los medios de abandonar á su tío. Por lo tanto, en esto no había que pensar.

En fin, hé aquí lo que quedó decidido entre el señor y el servidor, después de un largo debate. Dejarían á Poti, en compañía de Ahmet irían á reunirse con el señor Keraban en la frontera turco-rusa. Allí, Van Mitten, bajo pretexto de salud, en previsión de las fatigas voveras, declararían que le sería imposible continuar su viaje. En aquellas condiciones, su amigo Keraban no podría insistir, y no rehusaría el darle el dinero necesario para volver por mar á Constanti-nople.

— ¡No importa! — pensó Bruno; — una conversación sobre aquel asunto entre mi amo y el señor Keraban no deja de ser grave.

Los dos volvieron al hotel, donde les aguardaba Ahmet. No le dijeron nada de sus proyectos, que seguramente hubiera combatido. Comieron, y después durmieron. Van Mitten soñó que Keraban le cortaba en menudos peduzcos como una masa de carne. Se despertaron muy temprano y encontraron á la puerta cuatro caballos dispuestos á «devorar el espacio.»

Una de las cosas curiosas fué ver el semblante de Bruno cuando fué á subir en su montura. Nuevos agravios en contra del señor Keraban. Pero no había otro medio de viajar. Bruno, por lo tanto, obedecía. Felizmente, su caballo era un viejo jaco, incapaz de incomodarse y fácil de manejarle. Los dos caballos de Van Mitten y Nizib tampoco tenían nada de particular para inquietarse. Solamente Ahmet tenía un brioso animal; pero como buen jineta, no debía tener otro recurso que moderar su viveza, á fin de no distanciar á sus compañeros.

Abandonaron á Poti á las cinco de la mañana. A las ocho tomaban el desayuno en el pueblo de Nikola-já, después de una jornada de veinte verstas, y hacía las once, después de un trayecto de quince verstas, almorzaban en Kintryachí, y hacía las dos de la tarde, Ahmet, después de un nuevo trayecto de otras veinte verstas, se detenía en Batoms, en aquella parte del Laristan septentrional que pertenece al Imperio moscovita. Aquel puerto era ántes un puerto ruso, situado en la embocadura del Tcheroock, que es el Belys de los antiguos. Es verdaderamente lastimoso que la Turquía le haya perdido, porque aquel puerto, vasto, provisto de un buen fondeadero, puede contener un gran número de buques, y aun de navíos de mucho calibre. Tocante á la población, es esencialmente un importante bazar de madera, atravesado por una calle principal. Pero la mano de la lluvia se extiende desmesuradamente por las regiones transcaucásicas, y ha cogido á Batoms, de la misma manera como abrumará más tarde los últimos límites del Laristan.

Allí, Ahmet no estaba en su país, como hubiese estado años ántes. Le fué necesario pasar por Gunieh, por la embocadura del Tcheroock, y á veinte verstas de Batoms, por el pueblo de Makrialos, para alcanzar la frontera, diez verstas más lejos.

En aquel sitio, á orillas del camino, un hombre aguardaba, custodiado por un destacamento de cosacos, con los pies posados en el límite del suelo otomano, en un estado de furor más fácil de comprender que de describir.

Era el señor Keraban.

Eran las seis de la tarde, y desde la media noche de la víspera (instante preciso en que había sido puesto en libertad fuera del territorio ruso), el señor Keraban no cejaba de su cólera.

Una pobre cabafia, situada al lado del camino, miserablemente habitada, mal cubierta y peor provista de víveres, le había servido de abrigo, ó más bien de refugio.

Una media versta antes de llegar, Ahmet y Van Mitten, al apercebir, el uno á su tío y el otro á su amigo, habían espoleado á sus caballos, y echaron pié á tierra á algunos pasos de él.

El señor Keraban, yendo y viniendo, gesticulando, hablando consigo mismo, ó mejor dicho disputándose, puesto que nadie había por allí, no parecía haber percibido á sus compañeros.

— ¡Tío! — exclamó Ahmet, tendiéndole sus brazos, mientras que Nizib y Bruno cogían á su caballo y al del holandés; — ¡tío!

— ¡Amigo mío! — añadió Van Mitten.

Keraban les cogió las manos á los dos, y mostrando á los cosacos que se paseaban en los límites del camino, dijo:

— ¡En ferro-carril! — exclamó. — Esos miserables me han obligado á subir en el ferro-carril.... ¡á mí!.... ¡á mí!

Evidentemente, haber sólo reducido á aquel medio de locomoción, indigno de un verdadero turco, era lo que excitaba al señor Keraban á la más violenta irritación.

¡No, no podía pasar por aquello! Su encuentro con el señor Saffar, su disputa con aquel insolente personaje, la rotura del carruaje, el obstáculo que había encontrado en continuar su viaje, todo lo olvidaba ante aquella horrible enormidad: ¡haber ido por camino de hierro! ¡Él, un antiguo creyente!

— Si, es indigno — respondió Ahmet, que pensó que aquella era la única manera de no contrariarle.

— Si, indigno — añadió Van Mitten; — pero después de todo, amigo Keraban, no os ha sucedido nada grave.

— ¡Ah, tened cuidado con lo que habláis, señor Van Mitten! — exclamó Keraban. — ¿Nada grave decís?

Una seña de Ahmet al holandés le indicó que iba por mal camino. Su antiguo amigo acababa de llamarle «señor Van Mitten», y continuaba interpellándole de esta manera:

— ¿Me diréis lo que entendéis por esas inculcables palabras, nada grave?

— Amigo Keraban, creo que ninguno de esos habituales accidentes en los ferro-carriles, ni descarrilamiento, ni choques, ni colisión....

— ¡Señor Van Mitten, mejor hubiera valido haber descarrilado! — exclamó Keraban — ¡Si, por Allah! mejor hubiera valido haber descarrilado, perder bra-

zos, piernas y cabeza, tenedlo entendido, que sobrevivir á semejante vergüenza.

— ¡Creedlo, amigo Keraban! — repuso Van Mitten, que no sabía cómo excusarse de sus imprudentes palabras.

— No se trata de lo que yo pueda creer — respondió Keraban, dirigiéndose hácia el holandés —

más si de lo que vos creéis.... Se trata de la manera que miráis lo que acaba de suceder á un hombre, que desde hace treinta años se creía vuestro amigo.

Ahmet quiso cambiar una conversacion, cuyo mejor resultado hubiese empeorado la situacion,

— Tío — dijo — creo poder afirmar que no habeis comprendido bien al señor Van Mitten.



Era el señor Keraban.

— ¡Verdaderamente!

— O mejor dicho, que el señor Van Mitten se ha expresado mal. Y que, como yo, conserva una profunda indignacion por el tratamiento que esos malditos cosacos os han inferido.

Felizmente, esto lo dijo en turco, y los «malditos cosacos» no podian comprender nada.

— Pero en suna, tío, es otro el que tiene la culpa de todo esto. Otro es el responsable de lo que ha sucedido. Y éste es el imprudente personaje que os puso obstáculo en vuestro paso por el ferro-carril de Poti. Está es Saffar.

— ¡ Si, es Saffar! — exclamó Keraban, muy oportunamente puesto por su sobrino en aquella nueva pista.

— ¡ Mil veces si, es Saffar! — añadió Van Mitten.

— ¡ esto era lo que yo queria decir, amigo Keraban!

— El infame Saffar — dijo Keraban.

— El infame Saffar — respondió Van Mitten, intercalándose en el diapasón de su interlocutor.

Hubiera querido emplear un calificativo más enérgico todavia, pero no lo encontró.

— ¡ Si alguna vez le llegamos á encontrar! — dijo Ahmet.

— ¡ Y no poder volver á Poti — exclamó Keraban — para hacerle pagar su insolencia, provocarle, arrancarle el alma del cuerpo, abandonarle á la mano del verdugo.

— Hacerle empalar.... — creyó deber añadir Van

Mitten, que se hacia feroz para recuperar una amistad comprometida.

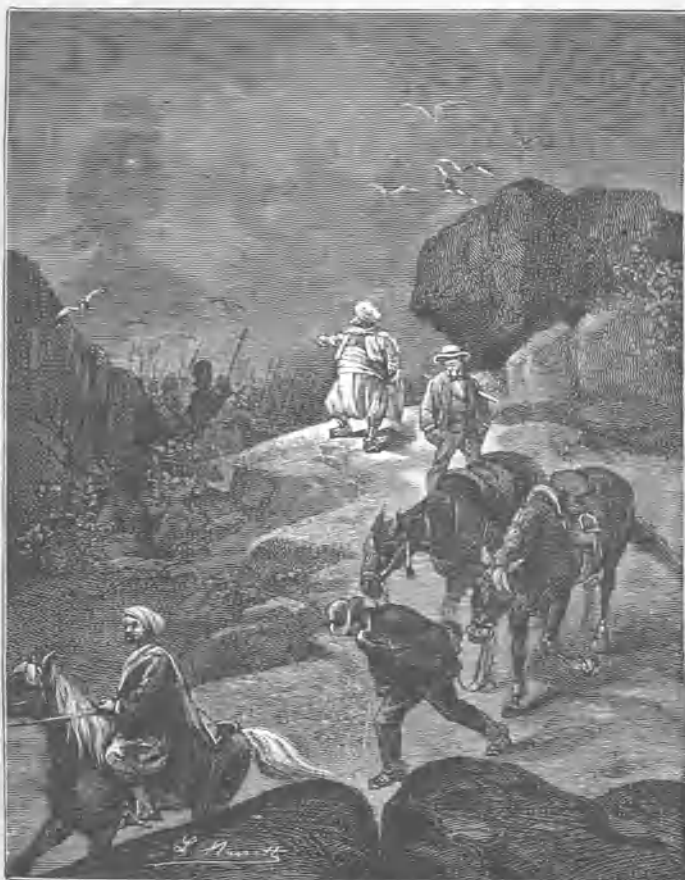
Aquella proposición tan turca, le valió un apretón de manos de su amigo Keraban.

—Tío—dijo entónces Ahmet—sería inútil en este momento buscar á ese Saffar.

—¿Y por qué, sobrino?

—Esa persona no está en Poti—repuso Ahmet.— Cuando nosotros llegamos, acababa de embarcarse en el paquebot que hace el servicio por el litoral de Asia Menor.

—¡El litoral del Asia Menor!—exclamó Keraban.— Pero nuestro itinerario no sigue por ese litoral.



El señor Keraban se volvió para enseñar los paños á los cosacos.

— En efecto, tío.

— Pues bien; si el infame Saffar — respondió Keraban — se encuentra en mi camino, *Vallah-billah tielah*. ¡ Desgraciado de él !

Después de haber pronunciado aquel juramento á Dios, el señor Keraban no podia decir ya nada más terrible; y se calló. Pero ¿ cómo viajarían, puesto que faltaba el carruaje á los viajeros? Siguiendo el camino á caballo, lo que no podia proponerse formalmente al señor Keraban. Su corpulencia no se lo permitía. Si hubiese sufrido á caballo, estamos seguros que el caballo hubiera sufrido más. Se convino, por lo tanto, en que irían á Choppa, la aldea más próxima. No tenían que andar más que algunas vers-

tas y Keraban las andaría á pié, lo mismo que Bruno, que estaba de tal manera molido que no hubiera podido montar.

— ¿ Y esa petición de dinero de la que debéis hablarle? — dijo á su amo aparte.

— En Choppa — respondió Van Mitten.

Y en verdad que no veía sin alguna inquietud aproximarse el momento en que debía tratarse de aquella delicada cuestión.

Algunos instantes después, los viajeros descendían por el camino, cuya pendiente costea las orillas del Loristan.

Por última vez, el señor Keraban se volvió para enseñar los paños á los cosacos que le habían obliga-

do á meterse, ¡é! en un wagon del ferro-carril, y á una vuelta de la costa perdió de vista á la frontera del Imperio moscovita.

II.

EN EL QUE VAN MITTEN SE DECIDE Á CEDER Á LAS PRETENSIONES DE BRUNO, Y SU RESULTADO.

— ¡Un país singular! — escribía Van Mitten en su cuaderno de viaje, anotando algunas impresiones tomadas rápidamente. — Las mujeres trabajan la tierra, llevan los fardos, mientras que los hombres ligan el cáñamo y tejen la lana.

Y el buen holandés no se engañaba. Esto sucede todavía en aquella lejana provincia del Loristan, en la que empezaba la segunda parte del itinerario.

Es un país todavía poco conocido, aquel territorio, situado en la frontera caucásica, que forma parte de la Armenia turca, comprendida entre las aldeas del Charchout, del Tscheroock y ribera del mar Negro. Pocos viajeros, después del francés Tb. Deyrolles, se han aventurado á través de aquellos distritos del pachalik de Trebisonda, entre sus montañas de mediana altitud, que se extienden confusamente hasta el lago de Van, concluyendo en la capital de la Armenia, Erzeroum, cabeza de partido de una aldea que cuenta con mil doscientos habitantes.

Y sin embargo, en aquel país han tenido lugar grandes hechos históricos. Abandonando aquellos terrenos, en los que dirigen su curso los dos afluentes del Eufrates, Jenofonte y sus diez mil, retrocediendo ante las armadas de Atagerges Mnemon, llegaron á las orillas de Phase. Este Phase no es el Rion que atraviesa á Poti; es el Kour, que desciende de la región caucásica, no corriendo más que hasta el Loristan, á través del cual el señor Keraban y sus compañeros iban á aventurarse.

¡Ah, si Van Mitten hubiese dispuesto de suficiente tiempo, cuántas preciosas observaciones hubiera anotado, y que se han perdido para los eruditos de Holanda! Con seguridad hubiera encontrado el preciso sitio donde Jenofonte dió una batalla á los Taoques y á los Chalybes al salir del país de los Karducos, y el monte Chenium, desde donde los griegos saludaron con vivas aclamaciones á las flotas tan desecadas del Puente-Euxino. Pero Van Mitten no tenía tiempo ni de ver ni de estudiar, ó mejor dicho, no le dejaban. Y entonces Bruno volvía á las andadas, hostigando á su amo, con el fin de que éste pidiese prestado al señor Keraban lo necesario para separarse de él.

— ¡En Choppa! — respondía invariablemente Van Mitten.

Por fin se dirigieron á Choppa. ¡Pero allí encontrarían un medio de locomoción, un vehículo cualquiera, para sustituir al confortable carruaje, desfilizado en el ferro-carril de Poti?

Era una seria complicación. Faltaba todavía andar dieciséis cincuenta leguas y tan solo diez y siete días hasta el 30 del corriente. Porque éste era el día en que el señor Keraban debía estar de vuelta. Éste era el día en que Ahmet esperaba encontrar en Sentari

á la jóven Ámasia, la que le aguardaría para la celebración de su matrimonio. Se comprende, pues, que el tio y el sobrino estuviesen el uno tan impaciente como el otro. Por lo tanto, era un grave compromiso el cumplimiento de aquella segunda parte del viaje.

Encontrar una silla de posta ó sencillamente un coche en aquellos publicillos del Asia Menor, no podía contarse con ello. Forzoso era acomodarse con uno de los vehículos del país, y este medio de locomoción no podía ser más que muy rudimentario.

Así, pues, inquietos y pensativos marchaban por el camino del litoral, el señor Keraban á pié, Bruno llevando de la brida á su caballo y al de su amo, que prefería ir al lado de su amigo; Nizib, montado y marchando á la cabeza de la pequeña caravana. En cuanto á Ahmet, se había adelantado, con el fin de preparar los alojamientos en Choppa y de adquirir un vehículo para partir al salir el sol.

El trayecto se recorrió lentamente y en silencio. El señor Keraban ocultaba interiormente su cólera, que se manifestaba tan sólo por estas palabras frecuentemente repetidas: «cosaca, ferro-carril, wagon, Saffar.» Van Mitten esperaba la ocasión de manifestar sus proyectos de separación; pero no se atrevía, no encontrando un momento favorable en el estado en que se encontraba su amigo, que se hubiese incomodado á la primer palabra.

Llegaron á Choppa á las nueve de la noche. Aquel trayecto, hecho á pié, exigía el reposo de toda la noche. La posada era mediana; pero, gracias al cansancio, todos durmieron sus diez horas consecutivas, mientras Ahmet, aquella misma noche, se ponía á buscar un medio de transporte.

A la mañana siguiente, 14 de Setiembre, á las siete, una *araba* aguardaba á la puerta de la posada con los caballos enganchados.

¡Ah! cuánto se tenía que sentir la pérdida de la antigua carroza, sustituida por una especie de carrozgrosera, montada sobre dos ruedas, y en la que difícilmente podían colocarse tres personas! Dos caballos de vara no eran mucho para arrastrar aquella pesada máquina. Felizmente, Ahmet había podido recubrir la *araba* con un toldo impermeable, colocado sobre círculos de madera, para preservarle de la lluvia y el viento. Era preciso, por lo tanto, contentarse hasta aguardar otra cosa mejor; pero no es probable que fuesen á Trebisonda en más confortable y más rápido vehículo. Se comprenderá fácilmente que á la vista de aquella *araba*, Van Mitten, á pesar de su filosofía, y Bruno, absolutamente contrariado, no pudieron disimular un gesto de disgusto, que una simple mirada del señor Keraban disipó al momento.

— ¡He aquí todo que he podido encontrar, tio — dijo Ahmet mostrando la *araba*.

— Y es todo lo que nos hace falta — respondió Keraban, que por nada del mundo hubiese querido dejar entrever el sentimiento que le causaba la pérdida de su excelente silla de posta.

(Se continuará.)

EL TIGRE BLANCO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

LUIS BOUSSENARD.

El niño tomó el ramillete de las manos de Angosso, miróle atentamente é hizo un esfuerzo como para fijar en la memoria sus formas y matices. Rolán continuó:

—Es una leguminosa, uno de cuyos tipos es la scacia. Por singular casualidad, esta planta que nos asegura la vida, lleva nuestro apellido. Es el *robinia alba*, llamado así por mi homónimo Robin, jardinero de Enrique IV, que dió su nombre á la familia de las robináceas. La palabra indígena *niku* ha sido añadida por Aublet para designar la variedad que tenemos á la vista. ¿Te acordarás?

—Sí, padre, siempre reconoceré el *robinia niku*.

—Señor, púdeis venir—interrumpió Angosso—quien durante aquel coloquio había despojado el arroyo de un estorbo formado por ramas cubiertas de hojas.

El boni había dispuesto en la canoa los haces de leños; hizo embarcar al padre, á la madre y los cuatro niños con Casimiro y Nicolás, así el pagay y cruzó rápidamente la caleta determinada por la desembocadura del arroyo y atravesada por éste como el lago de tiniebra por el Ródano. Despues abordó á la opuesta orilla en el lecho del arroyo que se internaba en el bosque.

En pocos minutos construyó una nueva choza, preliminar indispensable en toda parada, y cuando hubo acabado su tarea, puso manos á la obra para embarruchar el arroyo. Algunas rocas rojizas, agujereadas como esponjas, surgian en una orilla. Se acurrió en ellas, y tomando una gavilla de niku, que introdujo en el agua, la sujetó á un pedrusco; luego, enarbolando con la mano derecha un palo corto y grueso, golpeó los sarnientos que pronto quedaron reducidos á una especie de masa.

La savia se esparció por todas partes tiñendo las aguas de un hermoso color de ópalo.

—¿Es esto todo lo que hay que hacer?—preguntó Robin.

—Sí, señor—contestó el hombre—prosiguiendo rápidamente su faena.

—En ese caso puedo ayudarte.

Y uniendo el hecho al dicho se apresuró el proscrito á imitar á su salvaje preceptor. Se agotaron

las gavillas, y las aguas del arroyo, como si fueran de leche, se mezclaron á las del lago arremolinándose con lentitud y haciéndolas tomar un color de nácar.

—Muy bien. Esperemos un poco.

El boni, con la sagacidad peculiar á los hombres de su raza, había escogido admirablemente el sitio. Era tal la configuración de su pesquería, que debía encontrar en el lago, no tan sólo los peces del agua corriente, habitantes en el arroyo, sino también los de las sabanas inundadas, los del Maroni y algunas especies marinas que el flujo lleva hasta aquel punto separado del Océano por una distancia de veinticinco leguas, es decir, casi todas las variedades de la Guayana.

No hubo que esperar mucho tiempo. La mirada viva de Angosso descubrió algunos puntos indecisos que flotaban en el centro del lago, agitado por ligeros remolinos.

—Eso es.... Venid hacia el dique.

Robin queria ir solo y dejar á su mujer é hijos al cuidado de Casimiro y de Nicolás, pero insistieron de tal manera, que tuvo necesidad de llevarlos á todos, y como el bosque era impracticable, se embarcaron en la piragua.

¿Qué espectáculo tan singular se ofreció á su vista! Por todas partes bullia el agua del lago. Por delante, por detras, á izquierda y derecha infinidad de peces de todos colores, matices y tamaños, suben desde el fondo hasta la superficie, se eclipsan un momento para volver á subir con el vientre hacia arriba flotando como si estuvieran muertos. Pero no estaban más que aturdidos, emborrachados por el niku, incapaces de huir, de ocultarse y de defenderse.

Se ven á millares, abriendo la boca, dilatando las agallas, golpeando el agua con sus aletas paralizadas y moviéndose como borrachos. Unos tienen diez centímetros de longitud, y los hay hasta de metro y medio.

La embarcación se dirige hacia el dique pedregoso adonde llegarán todos impulsados por la corriente. Angosso, para no perder tiempo, propina al pasar varios machetazos á algun ámara resacañante, ó á algun marrajo, animal que odia particularmente.

Cuanto más se acercan á las rocas, mayor es el hormiguero.

Los niños aplauden entusiasmados y lanzan gritos de alegría. Apenas puede pasar la cama cuya prochocha en aquel banco que Angosso abre á fuerza de golpes de pagay. Es una fiebre, un delirio, una verdadera pesca milagrosa.

Se llega por fin, después de una formal recomendación de Robín para que sus hijos no toquen á ninguna pez, pues los hay muy peligrosos y la herida de algunos es mortal.

Delante del dique hay más de quinientos kilogramos de peces borrachos. ¿Cómo se apoderarán de ellos? Tal es la pregunta dirigida al boni por Robín, pues no hay que pensar en bajar al agua, si no se quiere recibir las caricias de un raya espumosa.

Angosso se sonríe con cierto aire de importancia, y sin decir una palabra, desata su gran hamaca, tejida con algodón por los indios rucnyenes, de ancha malla y sólidos envergues, por los cuales pasan dos largas amarras, de algodón también.

Ata una piedra y la hace bajar al fondo del arroyo; sujeta una de las amarras con su mano confiando la otra á Robín que al punto comprende la maniobra; luego, reuniendo ambos sus fuerzas, sacan hasta la orilla la hamaca trasformada en red y llena completamente de todos los tipos de la fauna acuática de la Guayana.

Los mayores quedan muertos á machetazos en cuanto salen de su elemento y pasan de una á otra vida como los sectarios del Viejo de la Montaña después de una copiosa absorción de haschisch. La hamaca-red vaciada en un instante, vuelve á subir y se reúne un verdadero monton á pesar de las protestas de Robín, que juzga suficiente la pesca.

Peces planos, redondos, con escamas y sin ellas, de boca cruzada de dientes, de mandíbulas lisas, de dardo envenenado, de anillos de serpiente y de formas extrañas, se deslizan, ruedan y saltan. Parassis (*mugil alba*), viejas luhinás, sargos, rodalillos que han remontado el río; así como el magnífico *silurus mystus* de dorados reflejos, que pesa diez kilogramos, aimaras de enorme cabeza, exquisitos cuando se frien con pimientos, kumaras de sabrosa grasa, rayas de agua dulce, con sus tres ó cuatro pares de ojos color de ladrillo y cuyas heridas son temibles, rumanás, carpas blancas, barbos, pulpos monstruosos, extraños, todos unidos á no sé cuántas especies cuyos nombres ni figurán en ningún tratado de ictiología y á los cuales hay que designar con las denominaciones que les han dado los indígenas.

Entre las especies conocidas y descritas muchas veces se encuentra el ojo grande (*catlus galbis*), viviparo, de doce á veinte centímetros de longitud, sin escamas, de ojos enormes y salientes y de prodigiosa agilidad, que se lanza fuera del agua y recorre en diez saltos sucesivos hasta treinta y cuarenta metros. Manifiesta predilección á las orillas llanas, y es tan abundante en ciertos puntos, que con un solo disparo de perdigones se pueden matar dos ó tres docenas. Su carne constituye un manjar sin igual, lo mismo que la del atipa y la del gorot, provistos de una

coraza análoga á la del armadillo, y de la cual se puede salir sino después de la ección. En fin, para cerrar esta larga, y sin embargo bien incompleta nomenclatura, mencionaremos un pez rarísimo entre todos, de la familia de los silúridos, llamado el peuceeru.

El boni acababa de abrir la cabeza de uno, de colosal tamaño. Con gran asombro de Robín, se escapó de aquellas branquias hipertrofiadas una tribu de pequeños peuceerros, largos y gruesos como un cigarrillo.

Al ver su sorpresa, hizo el Casimiro una corta descripción de las costumbres de aquel curioso pescado. El peuceeru recoge los huevos de la hembra en el momento del desove y los aloja en los intersticios parecidos á las pías de un peine cuya remión constituye las branquias. Los pequeños nacen y no abandonan aquel asilo protector durante los primeros días. Poco á poco crecen y salen sin separarse de su padre, con el cual marchan siempre como si navegasen en conserva. Á la menor señal de peligro, abre el último sus agallas como una gallina sus alas, y todos los pequeñuelos van asustados á huirse en ellas.

—Es un buen padre, señor — dijo al terminar el negro. — Sólo deja á sus hijos cuando ya son grandes.

Viendo que Robín tomó uno para examinarle de cerca, añadió:

—No le toqueis, compadre; es muy mala su curaduría y más peligrosa que la de la raya.

Angosso continuaba su maniobra, aunque había pescado suficiente para alimentar á ciento cincuenta personas. Pero como había emborrachado el arroyo, quería que todos los habitantes cayesen en su poder. La única concesión que hizo fué perdonar á los pequeños. Aquel monton de virtualias excitaba su apetito, y ya podía comer durante tres ó cuatro días para sufrir el hambre quizás en la semana siguiente.

Los negros, de igual modo que los Piel-Rojas, no saben lo que es economía. Cuando matan un *maipari* (tapir), toda la tribu, por numerosa que sea, se sienta delante de dos ó trescientos kilogramos de carne, y grandes y pequeños, jóvenes y viejos, se atracan hasta la indigestión inclusiva.

Sin embargo, se detuvo un momento á la vista de una gran anguila, de metro y medio de longitud, que, á causa de estar ménos embriagada que los demás habitantes del río, ó acaso por no haber experimentado los efectos del niko, se agitaba entre las luhinás. Robín levantó su machete.

— ¡ No la corteis! — gritó bruscamente.

Ya era tarde, la acerada hoja cayó sobre la cabeza del malacopterigio; mas por singular fagocitismo, escapóse el arma de manos del proscripto, y éste no pudo contener un grito de sorpresa, casi de dolor.

—Es una anguila tencilorosa — dijo Casimiro — Mal bicho.

— ¡ Oh, papá! — exclamaron los niños. — ¿ Te ha hecho daño, dices?

— No, hijos míos — respondió sonriendo — no es nada.

— ¿ Qué es eso que te ha lastimado?

— Una anguila eléctrica.

—¡Oh!—dijo aturdidamente Eugenio.—Una anguila eléctrica como un telégrafo.

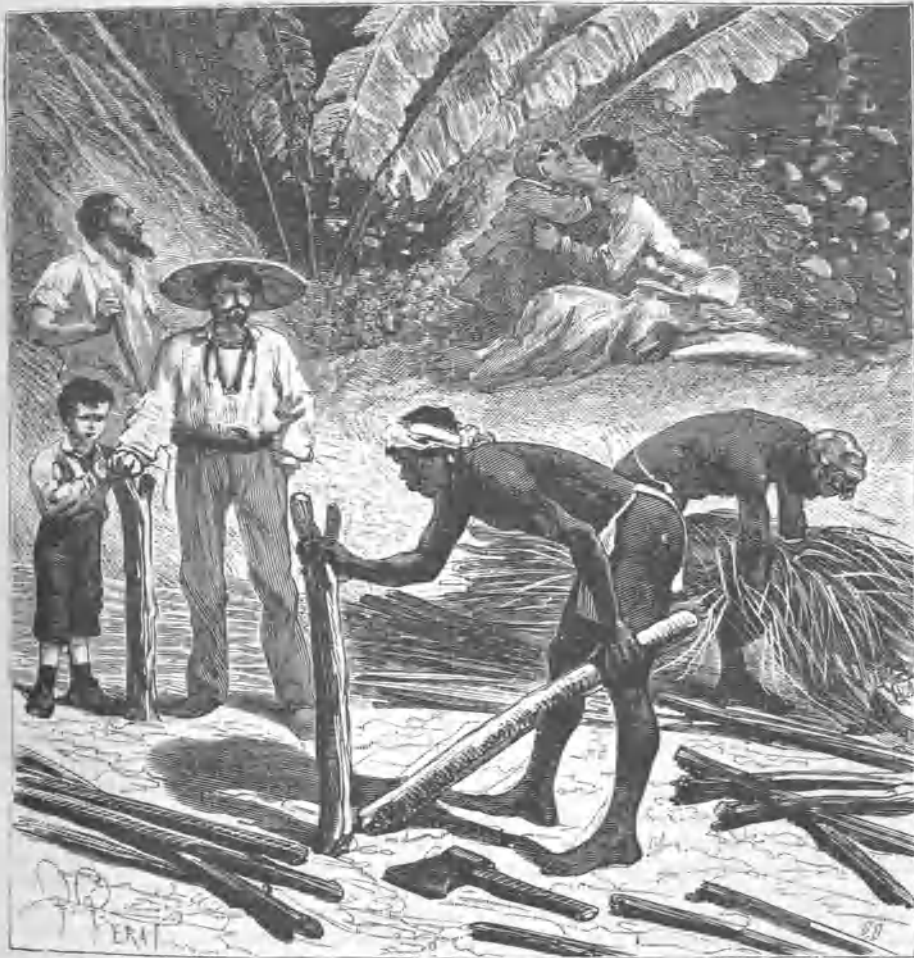
—No—recibió Enrique.—Voy á decirte lo que es. Lo sé por haberlo leído. Es un pez que produce electricidad como cuando se hace girar entre las almohadillas la rueda de vidrio de una máquina eléc-

trica. Si entonces se aplica un dedo, se experimenta una fuerte sacudida.

Pues bien. La anguila también da una sacudida como si tuviese una máquina eléctrica en la cabeza.

—¿No es verdad, papá?

—Casi, casi; hijo mío; tu definición no carece de



Lo primero que hizo fué hincar en el suelo cuatro estacas.

exactitud ni de oportunidad, y aunque incompleta, es suficiente por el momento. Más tarde tendremos ocasión de estudiar despacio este raro animal. Saber solamente que su contacto es muy peligroso y que su descarga eléctrica constituye por sí sola un medio de ataque y de defensa casi tan terrible como el diente envenenado de un reptil. Sed prudentes y no toquéis jamás á ningún animal, sea el que quiera, sin estar yo á vuestro lado.

—Anguila-tumblerosa, está muy buena, asada—dijo Casimiro.

—Es verdad. Había olvidado la parte culinaria. Pero observo que Angosso habla poco y trabaja mucho.

—Está preparando la comida—respondió la señora Robin—y no podemos ayudarle. ¡Cuán torpe es nuestra civilización comparada con este pretendido salvajismo!

—¡Ya estamos reunidos después de tanto tiempo! Ahora sabemos emborrachar un arroyo, y dentro de poco habremos aprendido á curar, no tan sólo el pescado, sino todas las variedades de animales comestibles.

tibles, La destreza de este boni es verdaderamente admirable. Es un verdadero cocinero.

Angosso se multiplicaba. El buen hombre sabía que todos los blancos tenían un apetito voraz y que los gritos de su estómago, un tanto acallados por las yemas de huevo, volverían á comenzar más dolorosos que nunca.

Lo primero que hizo fué hincar en el suelo cuatro estacas en forma de horquilla, reuniéndolas por otras tantas pértigas á fin de constituir un cuadrado perfecto de cuatro metros, que se levantaba á una altura de cincuenta centímetros sobre la superficie de la tierra. Encima de aquella armazón dispuso veinte á veinticinco varillas de igual longitud, con lo que improvisó unas parrillas de respetables dimensiones.

Debajo de las barras paralelas amontonó hojas y ramaas secadas, y tomando uno por uno los peces muertos, los alineó encima. La madre y los niños querían ayudarle en aquella fácil tarea, pero él se negó á admitir su cooperación, y con motivo, pues no se manejan impunemente animales como aquéllos. Ya se cerraban de una manera brusca las mandíbulas de un aimara, cuyo ataque evitaba Angosso con destreza; ya era una raya que cogía delicadamente cortándola de un golpe las espinas, ya, en fin, decapitaba una anguila temblorosa.

Las parrillas estaban provistas, y el negro encendió el monton de hojas y ramaje verde, que despidieron un humo denso. En méenos de media hora humeaban de igual modo otras dos parrillas, mientras el aire se impregnaba de aroma apetitoso que se desprendía de aquellos cómodos y primitivos aparatos.

El curado al humo tiene por objeto conservar los alimentos, secándoles por efecto del humo. Las carnes no se deben asar, ni cocer, sino sencillamente secar; operación muy lenta y bastante difícil, que exige más de doce horas de asiduos cuidados. Aunque el fuego no debe ser demasiado vivo, es preciso evitar que se apague, y la hoguera no debe estar ni demasiado cerca ni demasiado lejos de la carne. Se puede decir del curador al humo lo que un tal Grimod de la Reynière decía del buen asador: «El cocinero se hace; el asador nace.»

Angosso vigilaba atentamente sus tres parrillas, y al mismo tiempo había preparado una pequeña hoguera en la que se asaba un magnífico aimara en compañía de dos docenas de atipas y de una soberbia raya espinosa.

La primera comida de la familia de los Robinsones iba á ser un festín de icetófaeos en el que no habria pan ni sal. No por esto fué ménos alegre, á pesar, ó más bien á causa de las protestas de Nicolas, que durante aquella serie de incidentes extraños é imprevistos guardó un silencio inusitado.

Nicolas queria pan, y no le parecia difícil encontrar sobre los árboles algun pan de munición ó alguna galleta, puesto que unas daban leche y otros huevos duros. Además, si Enrique había leído en los libros la descripción de las anguilas eléctricas, Nicolas recordaba perfectamente que se hablaba de árboles de pan. Todos los naufragos lo habían comido, todos los Robinsones posibles se habían alimentado con su fru-

to, y en su calidad de Robinson de la Guayana querían adoptar el género de nutrición habitual á sus colegas y predecesores. De aquí no le apeaba nada, con gran alegría de sus amigos, los cuales pensaban que cuando se tiene hambre es el pescado una cosa excelente.

— Pero, Nicolas, veo que vuestras ideas acerca de los productos de la zona tórrida americana han sido deplorablemente falseadas. Creéis que el árbol llamado por los naturalistas *artocarpus incisa* crece en su estado salvaje. Salid de vuestras error, amigo mío. Es oriundo de Oceania, se le ha introducido en las Antillas y en la Guayana, pero es preciso cultivar ó plantarle por lo ménos. Si alguna vez se encuentra en los bosques, siempre es en huertos abandonados.

— En ese caso debemos pasárnoselo sin pan, hasta que Dios cuando.

— Calmad vuestra inquietud; dentro de poco tendremos yuca y entónces conoceréis el cascado y el papoca.

— ¡ Oh! No digo eso por mí, sino por la señora y por los niños.

— No lo dudo, amigo mío, y conozco bien vuestro excelente corazón. Por de pronto nos alimentaremos con pescado, y ántes de que se agoten las provisiones creo que tendremos asegurada nuestra subsistencia para el porvenir.

El sol desapareció bruscamente, y el claro en que acampaban los Robinsones quedó iluminado por los rojos reflejos de las hogueras, en las que crepitaban los pescados.

Obligados hasta entónces los prescriptos á huir de los peligros y del hambre, no habían tenido tiempo para cambiar algunas palabras.

Quando el hombre es tan desgraciado que pierde toda esperanza, cuando le amenaza un peligro inmediato y mortal, cuando á cada momento disputa razones de su existencia, nada le sorprende. Los acontecimientos más imprevistos, felices ó desgraciados le encuentran impassible, y los hechos más inverosímiles entran para él en los dominios de la vida real.

Esto le ocurría á Robin. Había soñado tantas veces con la libertad, había renunciado tantas veces á la idea de reunirse con los suyos, que, sin embargo, al saborear un placer sobrehumano, indefinible, no experimentaba más que una sorpresa relativa. Su anhelo más ardiente había tomado formas tangibles, su anhelo más ansiado estaba cumplido, ignoraba por qué, cómo, pero no trataba de saberlo; ¡Tan grande era su satisfacción de su alma.

Los niños dormían ya, descansando Enrique y Eltonido en la hamaca del boni. Diez minutos de exposición al sol habían bastado para secar aquel improvisado útil de pesca. La señora Robin, sentada cerca de su marido, tenía á su hijo Carlos dormido sobre sus rodillas; su esposo miraba fierosamente á Eltonio, á quien el señor había sorprendido con los brazos rodeados al cuello de su padre.

El marido refería su evasión á la mujer, que se estremecía, á pesar de su valor, al oír el relato de los peligros corridos y de las fatigas sufridas. Ella decía llorando á su voz los horrores de la miserable vida.

Paris; recordaba el episodio de la carta misteriosa, los cuidados afectuosos y discretos que había recibido de los desconocidos, el viaje á Holanda, la travesía del Atlántico, la llegada á Surinam y las respetuosas atenciones del capitán holandés que con tanta sultura se expresaba en lengua francesa.

Robin escuchaba conmovido y lleno de curiosidad,

¿Quiénes serían aquellos bienhechores? ¿Por qué ocultaban como una mala acción aquel inmenso servicio? La señora Robin no encontraba explicación plausible. Conservaba en su poder la carta del agente de negocios de Paris, pero la escritura no les reveló nada.

Pensaba, y no sin razón, el ingeniero, que algunos



Voy á jugar una mala pasada al tigre.

proscritos, escapados á las comisiones mixtas, habían dedicado su tiempo y su fortuna al alivio de sus hermanos que gemían en los presidios. Un proscrito notable entre todos, A.... B..., pudo refugiarse en el Hays; acaso á él se debiera una parte de intervención en la fuga de Robin. En cuanto al capitán de la balandra, su atlética estatura, su cortesía y su bondad delataban á C..., un oficial de la marina francesa, que había conseguido huir de Paris en circunstancias muy dramáticas. C... había entrado en la marina, sacante de Holanda y cruzaba á la vista de

las costas de Guayana, esperando una ocasión favorable para ir en auxilio de sus correligionarios políticos.

Aquella hipótesis era la más aceptable de todas. Los dos esposos bendijeron á los autores de su felicidad, cualesquiera que fuesen, continuando en aquella dulce expansión sin darse cuenta de las horas trascurridas. Los niños dormían, y el boni, enabetido en su ocupación de curar el pescado, quebrantaba ramas para alimentar las hogueras cuando se apagaban.

Aquel hombre era de hierro. Ni las fatigas de la

jornada, ni la maniobra del pagay, ni la construcción de los cobertizos y de las parrillas, nada, en fin, disminuía el vigor de su organismo. Sin dejar su tarea, dirigía rápidas miradas en torno suyo y parecía inquieto y atormentado.

Un sordo gruñido y un resuello poderoso le hicieron levantar la cabeza. De pronto surgieron dos puntos entre las hierbas que limitaban el claro, y se fijaron en las parrillas.

Robin le preguntó en voz baja, y supo que aquellas dos luces estaban producidas por los ojos de un tigre hambriento, atraído por el olor del pescado. El animal no tenía mucha prisa para atacar y se hubiera creído que era de pacífico carácter. Sin embargo, Robin estaba visiblemente inquieto con aquella vecindad; cogió el fusil del boni y se preparó á enviar una onza de plomo al indiscreto visitante.

— ¡Oh! No hace falta el fusil, señor — dijo Angosso. — El ruido puede despertar á los niños. Voy á jugar una rola pasada al tigre.

El negro tenía una abundante provision de pimienta, aquella famosa pimienta de Cayena, con la que á falta de sal se sazonan los guisados ecuatoriales. Un grano muy pequeño es suficiente para dar á la ración de un hombre un sabor picante, al cual se habitúa el extranjero poco á poco.

Angosso, que se reía al pensar en el éxito de su estratagemá, tomó un gran pez ya seco, practicó varios agujeros en su carne, introdujo en ellos media docena de granos, y luego arrojó el pescado en direccion al tigre famélico que estaba tendido como un gato.

— Toma, pícaro animal, gloton — dijo riéndose á carcajadas.

Robin seguía opinando por el tiro; pero si el animal no quedaba más que herido, ¿qué sería de los niños, expuestos á su furor? En cuanto el pescado repleto de pimienta llegó al suelo, apoderóse el felino de él con una garrá y desapareció. Debí comérselo como si fuera una fresa, áun cuando pesaba más de dos kilogramos.

Un cuarto de hora despues se le oyó rugir cerca del arroyo. El boni reventaba de risa, sin que el proscrito, ignorante del confinamiento de la caza, pudiese sospechar la causa de aquella alegría.

Robin quiso conocer el motivo de semejante hilaridad, y su compañero no se negó á comunicárselo.

— El tigre es más gloton que el indio. Ha comido pescado con pimienta, y la pimienta da calor al estómago y le pone seco como la hojalata. Por eso el tigre bebe agua en el arroyo.

— ¿Es decir, que se emborrachará como los peces?

— No; el niku solamente emborracha á los peces. A los hombres y á los animales les produce grandes cólicos.

— Oídle; ¡no está contento!

En efecto, el felino parecía encontrarse inquieto; lanzaba gritos plañideros, seplaba, gemía y gruñía como un gato enfermo. Luego, conociendo sin duda que aquella agua purgante no apagaba el volcán que ardía en sus entrañas, huyó rompiendo el ramaje con estrépito.

El campamento de los Robinsones quedó tranquilo y silencioso.

CAPÍTULO VII.

Los platos amonedaos no pierden su valor en los países andinos. Con volutiñico francés se salva la situación. — Los molinos molidos se convierten en rodillos, y éstos en piezas de cianuro. — Repletores mortales. — Consecuencias de la febre y de la malaria. — El salto del Iguaú. — Maniobra peligrosa. — El gran barquero del mundo. — La barerra de arrecifes. — El huerto donado. — Tras de la penuria, la abundancia. — La caza de los conejos. — Geografía de los Robinsones. — La machera de la Buena-Adere. — Arquitectos que no ha sido estudiada su tribu. — Escalafero. — A traves de los bosques. — Caza de patos. — La vajilla rota. — Cuchacrería vegetal. — Nicolás confunde. — Lleno de asombro, varios árboles que se desmenuzan: el árbol manta, árbol de velas, tauri, quevó, etc. — Cambio de lugar. — Despedida del boni.

La subsistencia de los Robinsones estaba asegurada por algunos días, siempre que observáran un régimen casi exclusivamente ictiofágico ó que observáran los preceptos de cuaremas, como decía Nicolás, y áun cuando tenían motivos para creerse en seguridad, celebraron consejo desde el amanecer para no perder tiempo.

No había que pensar en subir por el Marañón á internarse en la alta Guayana, y no porque hubiera que temer algo de parte de los indios ó de los tauris; pero la llegada de los europeos produciría sensación y la noticia correría rápidamente hasta el proscrito, con grave perjuicio para Robin, que vería comprometida aquella libertad á tanta costa comprada. Se proseguiría el camino por el bosque, dirigiéndose hácia el Oeste al par del arroyo. Se haría alto cerca del manantial, y si era posible, en un sitio elevado, descubierta, y lejos de los pantanos. Despues se trataría de buscar los medios de subsistencia para trabajar.

Desgraciadamente estaban próximos á perder su auxiliar más poderoso. Angosso había cumplido sus promesas, hablaba de volver á su aldea, como era el legitimo dueño de la piragua, su parte tenía para nuestros amigos las proporciones de un verdadero desastre. Era preciso decidirle á seguir adelante, empresa bastante difícil.

Nuestros pobres Robinsones, á causa de su carencia de todo, no podían ofrecer nada que excitara el codicia del salvaje. Proviesto de un sortido compuesto de navajas, de collares, de perlas y de percal cambiados en la factoría de Albina, Angosso era, por el momento, un capitalista que deseaba presentar á sus illos tesoros á la vista de sus compatriotas.

Se resistía con diltzura, pero al mismo tiempo con firmeza, á todas las súplicas de Robin, y ya desesperaba éste de reducirle, cuando por una feliz casualidad salvó Nicolás la situación. No entendía ni una palabra de la garigonza negra, mas por la puntualidad del proscrito conocía que no marchaba bien el negocio.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

—Nos has contado—dijo por último—que cuando no sabías quién era Vitalis te asombrabas muchas veces de la manera con que miraba á las personas y del aire de gran señor que parecía indicar que él lo era; ¿sabes que tú también tienes ese aspecto? ¿No quieres servir en casa de nadie? Como gustes, hijo mío; lo que te he dicho ha sido por tu bien y no por otra cosa, créeme. Me parece que estaba en el deber de hablarte como has oído. Pero tú eres dueño de tus acciones, puesto que no tienes familia y yo no puedo servirte de padre por más tiempo. Un pobre desgraciado como yo no tiene derecho para mandarte.

Todo lo que el padre me dijo me impresionó mucho, tanto más cuanto que yo mismo me lo había dicho repetidas veces, si no en aquellos, en parecidos términos.

En sujeta, era muy grave irme solo por las carreteras, lo comprendía, lo veía, y cuando se ha llevado como yo una vida errante; cuando se han pasado noches como aquella en que fueron devorados nuestros perros, ó como la de las canteras de Gentilly; cuando se ha sufrido el hambre y el frío; cuando se ha visto un arrojado de pueblo en pueblo sin poder ganar un sueldo, como me sucedió mientras Vitalis estuvo en la cárcel, entonces se saben cuáles son los peligros y las miserias de una vida vagabunda en la que no está asegurado el día siguiente, pero ni siquiera el de hoy.

Si renunciase á semejante existencia, no tenía más que un recurso, y el mismo padre acababa de indicármelo, colorarme de obrero. Pero no podía renunciar á la vida de libertad y de viajes sin faltar á la promesa que hice á Etienne, Aléxis y Benjamin, que podían pasarse sin mí, escribiéndome; pero ¿y Lise? Lise no sabía escribir, la tía Catalina tampoco escribía; Lise estaba perdida si yo la abandonaba. ¿Qué pensaría de mí? ¿Una sola cosa: que no la quería, después de haberme manifestado tanta amistad y de haberme hecho tan feliz! No era posible.

—¿No queréis que os dé noticias de los niños?—dijo.

—Ya me han hablado de eso; pero no pienso en nosotros al invitarte que abandones tu vida de músico ambulante; no se debe pensar en uno mismo antes que en los demás.

—Así es, padre, y ya veis que vos sois el que me indica lo que debo hacer. Si renunciase á cumplir la promesa que he hecho por miedo á los peligros que

puedo correr, pensaría en mí y no pensaría en vos ni en Lise.

Volví á mirarme como antes, pero por más tiempo; luego tomé de repente más manos, y me dijo:

—Bien, hijo mío, es preciso que te abraze por esas palabras; tienes un gran corazón, y es muy cierto que no es la edad lo que le da.

Estábamos solos en el locutorio, sentados en un banco uno al lado de otro, y me arrojé en sus brazos.

—No te diré más que una palabra; Dios te guarde, mi querido hijo!

Permanecimos ambos en silencio durante un buen rato; pero pasaba el tiempo y se acercaba el momento de separarnos.

De pronto introdujo el padre la mano en el bolsillo de su chaleco, y sacó un gran reloj de plata que estaba sujeto al ojal por una correa.

No se dirá que nos hemos separado sin que lleves un recuerdo mío. Hé aquí mi reloj; te le doy. No tiene un gran valor, pues ya comprendes que si le tuviese me hubiera visto obligado á venderle. No marcha muy bien, y de vez en cuando necesita un toque de mano. Pero es todo lo que actualmente poseo, y por eso te le doy.

Al decir esto, me le puso en la mano, y como yo me negaba á aceptar tan hermoso regalo, añadió tristemente:

—Ya comprenderás que aquí no necesito saber la hora; el tiempo es demasiado largo y me moriría contándole. Adios, querido Kemi, abrázame una vez más, eres un buen chico, y acuérdate de que siempre debes ser así.

Creo que me tomó por la mano para llevarme á la puerta de salida; pero de lo que pasó en aquel momento y de lo que dijimos no conservo recuerdo alguno, pues estaba tan turbado como conmovido.

Cuando pienso en aquella separación, lo que encuentro en mi memoria es el sentimiento de estupefacción y de abatimiento que se apoderó de mí cuando estuve en la calle.

Me parece que permanecí durante mucho tiempo á la puerta de la prisión sin decidirme á ir por la derecha ó por la izquierda, y quizás hubiera seguido allí hasta la noche si mi mano no hubiese tropezado por casualidad en mi bolsillo con un objeto redondo y duro.

Maquinalmente y sin saber lo que había le palpé; era mi reloj!

En el instante mismo todo lo di al olvido, pesares, inquietudes, angustias y temores; el niño no pensó más que en su reloj. ¡Tenía un reloj, un reloj mío, en el cual podía mirar la hora! Le saqué del bolsillo para verla; eran las doce. Para mí no tenía importancia que fuesen las doce, las diez ó las dos. ¿Por qué? Me hubiera visto muy apurado para decirlo, pero así era. ¡Ah! Las doce, ya eran las doce. Sabía que era mediodía, mi reloj me lo había dicho. Parecíamos que un reloj es una especie de confidente á quien se pide consejo y con el cual se puede hablar.

—¿Qué hora es, amigo reloj?—Las doce, mi querido Kemi. — ¡Ah! Las doce; en ese caso ya sé que tengo que hacer esto ó lo otro, ¿no es verdad?—Ciertamente. —Has hecho bien en recordármelo, porque lo había olvidado. —Aquí estoy yo para que no lo olvides.

Con *Capi* y el reloj tenía dos interlocutores.

¡Mi reloj! ¡Qué dos palabras tan hermosas para pronunciarlas! Siempre tuve gran deseo de poseer un reloj y había acabado por convencerme de que nunca le tendría. Y sin embargo, llevaba uno en mi bolsillo que hacía: *tic, tac*. Me dijo M. Aquin que no me creaba bien; ¡qué me importaba! Andaba, y esto era suficiente. ¡Que tenía necesidad de un toque de mano! Ya se le daría yo y bien riguroso; si esto no bastaba, le desmontaría, pudiendo ver lo que tenía dentro y lo que le hacía andar.

De tal modo me embargaba el contento, que no vi á *Capi*, el cual estaba tan alegre como yo, tirándose del pantalón y ladrando á intervalos. Pero llegaron á ser tan frecuentes los ladridos que me sacaron de mi abstracción.

—¿Qué quieres, *Capi*?

Me miró, y como estaba algo turbado para comprenderle, después de esperar algunos segundos, se dirigió hacia mí y puso su pata junto al bolsillo donde estaba el reloj.

Quería saber la hora para decirlo al respetable público, como en el tiempo en que trabajaba con Vitalis.

Se le enseñé; mirólo atentamente como si tratase de recordar, y moviendo la cola dió doce ladridos; no había olvidado su habilidad! ¡Ah! ¡cuánto dinero vamos á ganar con el reloj!

Como todo esto pasaba á la puerta de la prisión, la gente nos miraba y algunos transeúntes se detenían. Si me hubiese atrevido hubiera dado una representación en el momento, pero tenía miedo á los guardias de Seguridad.

Además, eran las doce y debía ponermé en camino. ¡Adelante!

Dirigi la última mirada, el último ¡adiós! á la prisión, entre cuyos muros seguiria encerrado el padre mientras que yo podía ir libremente donde quisiera, y partimos.

Al pasar por la plaza del Carrusel miré maquinalmente el reloj de la torre de las Tullerías y me asaltó la idea de ver si el mío iba bien con aquél, como debía suceder. Mi reloj señalaba las doce y media y el de la torre la una. ¿Cuál de los dos estaba atrasado? Diéronme intenciones de aplicar el dedo á las agujas,

pero la reflexion me detuvo: nada había que desearse que mi magnífico reloj andara mal, y eso pudiera ser que el de la torre estuviese descompuesto. Volví á guardar mi reloj en mi bolsillo, pensando que para lo que yo tenía que hacer cualquiera le servía buena.

Tardé mucho tiempo en encontrar un mapa nuevo y lo quería; es decir, pegado en tela, que se pudiera doblar y que no costase más de veinte veces cantidad exorbitante para mí; al fin hallé uno, bastante amarillento, que el comerciante me le dió cuarenta y cinco céntimos.

Ya podía salir de París, y me decidí á irme cuanto antes mi partida.

Podía tomar dos caminos: el de Fontainebleau por la barrera de Italia, ó el de Orleans por Montrouge. Tan indiferente me era el uno como el otro, y la casualidad hizo que eligiese el de Fontainebleau.

Al pasar por la calle Mouffetard, cuyo nombre me acababa de leer en una placa azul, evocó en mi memoria un mundo de recuerdos: Garofoli, Maria Ricardo, la marquita con su tapalera cerrada por medio de un candado, las disciplinas de cuero, y por último, Vitalis, mi querido y excelente amo, que había muerto por no querer alquilarlos al amo del calle de Loureine, me pareció, cuando llegué á la iglesia de Saint-Médard, reconocer en un niño que yado contra la pared al pequeño Mattia; era su misma cabeza tan albutada como siempre, sus ojos melancólicos, sus mismos labios, el mismo aspecto de resignación y la misma ridícula figura; pero ¿cómo era posible si era él realmente, no había crecido.

Me acerqué para examinarle mejor; no había desaparecido él; al momento me reconocí, pues su semblante se animó con una sonrisa.

—¿Sois vos —dijo— el que fuisteis á casa de D. Garofoli, con un viejo de barba blanca, ántes de que entrase en el hospital? ¡Ah! ¡qué mal estaba ese día de la cabeza!

—¿Sigue siendo Garofoli vuestro amo?

Miró á su alrededor ántes de responderme; bajando la voz, me dijo:

—Garofoli está preso; le han encarcelado por haber causado la muerte de Orlando á fuerza de golpes.

Gran satisfacción experimentó al oír aquella noticia, y por primera vez conocí que las prisiones que me inspiraban verdadero terror podían ser útiles.

—¿Y los niños? —dijo.

—¡Ah! No sé que ha sido de ellos. Yo me acordé allí cuando se llevaron á Garofoli. Después que salí del hospital, viendo el amo que no podía pagarlos y que cayera enfermo, quiso desembarazarse de mí; me alquiló por dos años, pagados previamente, en el circo Gassot. ¿Conocéis el circo Gassot? No. Pero bien; no es un circo muy grande, pero al fin y al cabo es un circo. Necesitaban un chico para los ejercicios de dislocación, y Garofoli me alquiló á M. Gassot. Con él he vivido hasta el lunes pasado, y me despidió porque tenía la cabeza muy gorda para estar allí en una caja, y porque, además, era demasiado sensible. Vine de Gisors, donde estaba el circo Hénoc, para mirarme á Garofoli; pero no le encontré á nadie.

en en casa; un vecino me contó lo que os he referido: esto es, que Garofoli está en la cárcel. Ahora no se qué hacer ni á dónde ir.

— ¿Por qué no habeis vuelto á Gisors?

— Porque el día en que salí de aquel punto para venir á París á pié, se marchaba la compañía á Rouen; ¿cómo habéis de ir á esa ciudad? Está muy lejos y no tengo dinero; por esta causa no he comido desde ayer al mediodía.

No era yo muy rico, pero sí lo suficiente para no dejar morir de hambre á aquel pobre niño; ¿cuánto habiero hendeido al que me hubiese dado un pedazo de pan cuando vagaba por las cercanías de Toulouse, hambriento como Mattia en aquel instante!

— Esperad — le dije.

Y me encaminé á una panadería que estaba en la esquina de la calle; al poco rato volvía con una hogaza que le ofrecí y que devoré en un momento.

— ¿Qué pensáis hacer ahora? — le dije.

— No lo sé.

— Es preciso hacer algo.

— Pensaba en vender mi violín cuando me habeis lastado, y ya lo hubiera vendido si no me diese tristeza separarme de él. Mi violín me sirve de consuelo; cuando estoy muy triste busco un sitio donde estar solo y todo para mí; entónces contemplo en el cielo una porción de cosas hermosísimas.

— ¿Y por qué no tocáis el violín en las calles?

— Lo he tocado, pero nadie me daba dinero.

Ya sabía yo lo que era tocar sin que los oyentes llevasen la mano al bolsillo.

— ¿Y vos? — preguntó Mattia — ¿qué haceis ahora?

Ignoro qué sentimiento de infantil jactancia me inspiró.

— Soy director de una compañía — dije.

Hasta cierto punto era verdad, puesto que tenía una compañía compuesta de *Capi*, pero aquella verdad tocaba los linderos de lo falso.

— ¿Oh! si quisierais.... — dijo Mattia.

— ¿Qué?

— Contratar me en vuestra compañía.

Entónces recobré la sinceridad.

— Mirad á lo que está reducida — dije señalando á *Capi*.

— ¡Y bien! ¿qué importa? Serémos dos. ¡Ah! Os ruego que no me abandonéis; ¿qué va á ser de mí? Me moriré de hambre.

¡Morir de hambre! Los que oyen esta exclamación no la comprenden de igual manera. A mí me resonó en el corazón, pues ya sabía lo que era morir de hambre.

— Puedo trabajar — continuó Mattia; — sé tocar el violín, sé dislocarme, pasar por los aros y cantar; ya veréis, haré lo que queráis, seré vuestro criado, os obedeceré y no os pido dinero, sino solamente la comida. Si no trabajo bien me pegaréis, pero os suplico que no me toqueis en la cabeza, porque la tengo muy delicada desde que Garofoli me golpeaba en ella.

Mientras escuchaba las palabras del pobre Mattia, me daban ganas de llorar. ¿Cómo decirle que no po-

dría tomarle en mi compañía? ¡Morir de hambre! Pero ¿no tenía las mismas probabilidades de morir de hambre á mi lado que estando solo?

Hicele esta reflexión, pero no quiso oírme.

— No — dijo — dos personas juntas no mueren de hambre, se sostienen una á otra, se ayudan; la que tiene, da á la que no tiene, como acabáis de hacer ahora mismo.

Estas palabras hicieron cesar mis vacilaciones; puse que yo tenía medios debía auxiliarle.

— ¡Ea! está hecho — le dije.

En el instante mismo me tomó la mano y empezó á besármela; me conmovió tan dulcemente aquella acción que no pude reprimir las lágrimas.

— Venid conmigo — le dije — pero no como criado, sino como compañero.

Y colocando la correa del arpa en el hombro,

— ¡Adelante! — exclamé.

Un cuarto de hora despues saliamos de París.

Los vientos de Marzo habian secado el camino y se podía andar fácilmente sobre la tierra endurecida.

El aire era templado, y el sol brillaba en un cielo azul y despejado.

¡Qué diferencia entre aquel día y el de mi llegada á París!

Comenzaba á brotar la hierba en las cunetas del camino, y de trecho en trecho se destacaban las blancas flores de las margaritas y las de los fresales, cuyas corolas se volvian hacia el sol.

Cuando pasábamos junto á los jardines, veíamos los tirso de las lilas colorear entre el follaje, y si la brisa agitaba el aire, nos caían sobre la cabeza, desde la albardilla de una vieja tapia, los pétalos de los alfiles amarillos.

En las huertas, en los matorrales del camino, en las altas cimas de los árboles, por todas partes, en fin, resonaban los alegres trinos de las canoras aves, y delante de nosotros pasaban las golondrinas rozando la tierra en busca de invisibles mosquitos.

Empezaba bien nuestro viaje, y lleno de confianza apresuré el paso por aquel camino. Libre ya *Capi* de la cuerda que le sujetaba, corría en todas direcciones, ladrando á los carrajes, á los montones de piedras; ladrando por el placer de ladrar, que debe ser en algunas ocasiones para los perros lo que el cantar para los hombres.

Mattia caminaba cerca de mí sin decir una palabra, reflexionando, y yo no queria interrumpirle, ocupado en meditar también.

¿A dónde íbamos con aquella prisa?

Si he de decir la verdad, no lo sabía: ni poco ni mucho.

Siempre de frente.

¿Y luégo?

Habia prometido á Lise que vería á Etienne y á sus hermanos antes que á ella; pero no contraí compromiso de ver á uno de ellos primero que á los demás. ¿Benjamin, Alexis ó Etienne? Podía comenzar por uno ó por otro, á mi elección; es decir, por los Cevennes, la Obarsente ó la Picardie.

Habiendo salido por el sur de París, resultaba necesariamente que no sería para Benjamin ni primera

visita; así es que debía elegir entre Aléxis y Etienne.

Además, había una razón que me decidió á dirigirme hácia el Sur ántes que al Norte, y era el deseo de ver á la tía Barberin.

Si no he hablado de ella en mucho tiempo no es porque la haya dado al olvido como un ingrato.

Ni se me puede tachar de desagradecido por no haberla escrito desde que me separé de ella.

Muchas veces he tenido intencion de escribir para decirle: «Pienso en tí y te quiero con todo mi corazón»; mas por una parte no sabia leer, y por otra me contuvo el temor que mis inspiraba Barberin. ¿Lograria encontrarle por medio de la carta? ¿Me llevaria de nuevo á su casa? ¿Me alquilaria á otro que no fuese como Vitalis? Indudablemente tenia derecho para hacer lo que quisiera. Y al pensar en esto no me daba cuidado que la tía Barberin me creyese ingrato, ántes que correr el riesgo de volver bajo la autoridad de su marido, ya la ejerciera para venderme, ya para que trabajase á sus órdenes. Hubiera preferido morir y morir de hambre, mejor que llegar á tal extremo.

Pero si bien no me atrevi á escribir á la tía Barberin, me pareció que teniendo libertad para ir donde quisiera podia tratar de verla. Además, como recluté á Mattia en mi compañía, el problema era más sencillo. Le enviaba como explorador, quedándome yo prudentemente á retaguardia; él entraria en casa de la tía Barberin, haciéndola hablar con cualquier pretexto; si estuviese sola la diria la verdad, volviendo á avisarme y yo iria á la casa en que pasé mi infancia para echarme en brazos de mi nodriza; si, por el contrario, estaba Barberin en el país, Mattia diria á mi nodriza que designase un sitio donde poder abrazarla.

Mientras caminaba iba forjando este plan, sin hablar una palabra, pues me parecia poca toda mi atencion para examinar y discutir un asunto de tal importancia.

En efecto, no se trataba solamente de ver si podia abrazar á la tía Barberin, sino de pasar por pueblos donde pudiéramos realizar algunas ganancias.

Lo mejor seria consultar el mapa.

Precisamente nos hallábamos entónces en medio del campo y podíamos hacer alto en un monton de grava sin temor de que nos inquietasen.

— Si queréis, descansaremos un poco — dijo á Mattia.

— ¿Queréis que hablemos?

— ¿Teneis algo que decirme?

— Iba á rogaros que me flameis de tí,

— Perfectamente, nos tutearémos.

— Vos á mi sí, pero yo á vos no.

— Lo mismo uno que otro, y si no me obedeces te pegaré.

— Bueno, pégame, pero no en la cabeza.

Y se echó á reir á carcajadas, enseñando sus dientes, cuya blancura se destacaba sobre el atezado color de su piel.

Nos sentamos, y abriendo mi morral, saqué el mapa y le extendí sobre la hierba. Tardé mucho

tiempo en orientarme; pero recordando el procedimiento de Vitalis, acabé de trazar mi itinerario. Beauvil, Fontainebleau, Montargis, Gien, Bourges, Saint-Amand, Montluçon. Podíamos ir á Chavannes, y si teníamos alguna suerte no moriríamos de hambre en el camino.

— ¿Qué es esto? — preguntó Mattia señalando el mapa.

Le expliqué lo que era y para qué servia, mostrando casi las mismas palabras que Vitalis cuando me dió la primera leccion de Geografía.

Mattia me oyó con especial atencion.

— ¿Es decir que se necesita saber leer?

— Indudablemente. ¿No sabes tú?

— No.

— ¿Quieres aprender?

— ¡Oh! sí, sí quiero.

— Pues bien; yo te enseñaré.

— ¿Se puede encontrar en el mapa el camino á Gisors á Paris?

— Es muy fácil.

Y para demostrarle se le indicó.

Pero se resistia á creerme y con el dedo marcó la distancia de Gisors á Paris.

— He andado ese camino — dijo — y es mucho más largo que ése.

Entónces le expliqué como mejor pude, aunque no con mucha claridad, de qué manera se marcan las distancias en los mapas. Vi que me escuchaba, pero me pareció que no se quedaba convencido por mi ciencia.

Ya que tenía el morral abierto, me asaltó la idea de pasar revista á su contenido, y para que Mattia viese mis riquezas extendí todo en la hierba.

Tenía tres camisas de hilo, tres pares de medias, cinco pañuelos, todo en muy buen estado, y un par de zapatos algo usados.

El asombro de Mattia fué indescriptible.

— ¿Y tú qué tienes? — le pregunté.

— Tengo mi violin y lo que llevo puesto.

— Pues bien — le dije — repartiremos lo más bueno de mis compañeros: te dare dos camisas, dos pares de medias y tres pañuelos; y debiendo repartirlos podré llevarlas mi morral durante una hora y ya lo llevaré durante otra.

Mattia trató de rechazar la primera parte de la proposicion; pero yo, que habia adquirido la costumbre del mando, que, entre paréntesis, me parecia muy agradable, le prohibí que me replicase.

Extendí tambien sobre mis camisas el estuche de la costura de Etienne y una cajita en que estaba guardada la rosa de Lise; quiso abrirla Mattia, pero yo no le permití, volviéndola á meter en el morral.

— Si quieres complacerme — le dije — te ruego que nunca toques á esa caja; es un regalo.

— Está bien — respondió — te prometo que nunca la tocaré.

Desde que tenía puesta la zamorra y llevaba el arpa al hombro, noté que me estorbaba una cosa en el pantalón. Parecióme que un artista no debía llevar un pantalón largo para presentarse en público, sino un calzón corto y medias, sobre las cuales se rodeaba

unas cintas de color. Los pantalones sentarian muy bien á un jardinero, ¡pero á un artista como yo!...

Cuando se tiene una idea y es uno dueño de su voluntad, no se tarda en realizarla. Abri el estuche de Etienneette y saqué las tijeras.

—Mientras yo arreglo mis pantalones—dije á Mattia—deberías darme á conocer tus habilidades en el violín.

—¡Oh! Lo haré con mucho gusto.

Y tomando su violín se puso á tocar.

Entre tanto, introduje valerosamente la punta de las tijeras en el pantalón por debajo de la rodilla, y empecé á cortar el paño.

Era un buen pantalón de paño color de coniza igual al chalco y á la chaqueta y que hizo mis delicias cuando M. Acquin me lo dió; pero al cortarle de aquel modo no creia que le estropeaba.

Al principio escuché á Mattia sin distraerme de mi operacion, pero al poco rato hice que dejasen de funcionar las tijeras y fui todo oídos; Mattia tocaba casi tan bien como Vitalis.

—¿Quién te ha enseñado á tocar el violín?—le dije mientras le aplaudia.

—Nadie, yo solo trabajando sin cesar.

—¿Y quién te ha enseñado la música?

—No la conozco; toco lo que he oído tocar.

—Yo te la enseñaré.

—¿Tú sabes de todo!

—Naturalmente, como que soy director de una compañía.

Todo artista tiene algo de amor propio, y yo quise demostrar á Mattia que tambien era músico.

Tomé mi arpa y para dar un golpe de efecto entonces á famosa cancion:

Fenesta vascia e patrona crudele....

Él cuando acabó, y como es debido entre artistas, me pagó Mattia con sus aplausos los cumplimientos que acababa de hacerle; él tenia un gran talento, yo tenia un gran talento, y ambos éramos dignos uno de otro.

Mas no podiamos continuar de aquella manera felicitándonos mutuamente; despues de tocar para nosotros, era preciso tocar para tener dinero con que pagar la casa y el albergue.

Cerré mi gorral y Mattia se le coló al hombro.

Marchamos de frente por el camino cubierto de polvo; debiamos detenernos en el primer pueblo que encontrásemos y dar una representacion: «Estreno de la compañía Kemi.»

—Puseñamo tu cancion—dijo Mattia—la cantavámos juntos, y creo que pronto podré acompañarte con el violín; verás que buen efecto hará.

Ciertamente que seria de mucha efecto, y el «respectable público» tendria el corazon de piedra si no nos recompensase con largueza.

La fortuna nos evitó aquella desgracia. Al llegar á un pueblo que está cerca de Villejuif, y mientras nos preparabamos para buscar un sitio á propósito en que lucir nuestras habilidades, pasamos por delante de la puerta de una gran alqueria, cuyo corral estaba lleno de personas vestidas con su traje de dia de fiesta; los hombres

llevaban en el ojal ramilletes atados con muchas cintas, y las mujeres tenian el pecho cubierto de flores: no era preciso ser muy perspicaz para comprender que se trataba de una boda.

Se me ocurrió la idea de que aquellas gentes gustarian de tener músicos para cantar, y entré en el corral seguido de Mattia y de Capi; me quité el sombrero, y haciendo una profunda reverencia (el noble saludo de Vitalis), hice mi proposicion al primer convidado que encontré al paso.

Era un robusto mozo, cuya cara de color de ladrillo estaba aprisionada en un cuello tieso que le serraba las orejas; su aspecto era dulce y bondadoso.

No me respondió; pero girando sobre sus talones sin mover el cuerpo, como si fuera todo de una pieza, volvióse hacia los presentes, introdujo dos dedos en su boca y lanzó con aquel instrumento improvisado un silbido tan formidable que Capi tambló de pies á cabeza.

—¡Ohé!—gritó—¿queréis un poco de música? Han llegado unos artistas.

—¡Si, sí, música, música!—exclamaron todos.

—¡Cada cual en su puesto para el rigodon!

En un momento se formaron las parejas en medio del patio, con gran susto para los gansos que por él circulaban.

—¿Has tocado rigodones alguna vez?—pregunté á Mattia en italiano y á media voz, pues estaba muy inquieto.

—Sí.

Y preludió en el violín una tanda que casualmente conocia yo. Nos habiamos salvado.

Sacaron una carreta que estaba debajo de un cubertizo y nos hicieron subir á ella.

Aunque jamas habiamos tocado juntos Mattia y yo, salimos airosos del compromiso. Bien es verdad que no tocábamos para oídos delectadas y conocedores.

—¿Sabe alguno de vosotros tocar el cornetín de piston?—nos preguntó el jóven de color de ladrillo.

—Sí, yo sé tocar—dijo Mattia—pero no tengo ese instrumento.

—Voy á buscar uno, porque el violín es muy lindo, pero empalaga.

—¿Tocas tambien el cornetín?—pregunté á Mattia en italiano.

—Y el fígle, y la flauta, y toda clase de instrumentos.

Desdichadamente no tenia precio Mattia.

No tardaron en traer el cornetín, y volvimos á tocar rigodones, polkas, walses, pero sobre todo rigodones.

Así estuvimos tocando hasta la caída de la tarde, sin que los bailarines nos dejasen respirar. Aquel trabajo no era fatigoso para mí, pero sí para Mattia, encargado de la parte principal y cansado por su viaje y por las privaciones. De vez en cuando observaba que se ponía pálido como si se encontrase mal; sin embargo, seguia tocando sin desensar. Felizmente no fui yo el único que notó su palidez; la recién casada hizo la misma observacion.

—Basta—dijo—el pequeño no puede más; ahora mano á los bolsillos para los músicos.

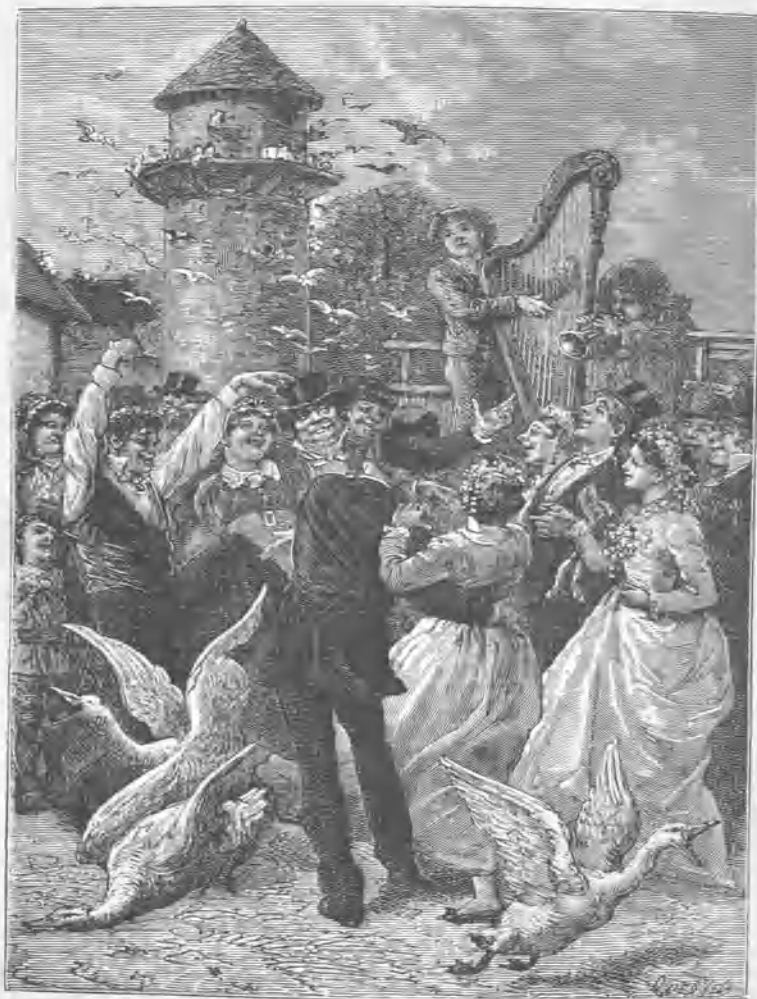
— Si quereis — dije saltando del carro al suelo — nuestro cajero hará la colecta.

Tiré mi sombrero al aire y *Capi* le cogió con su boca.

Todos los circunstantes aplandieron la gracia con que sabía saludar el perro cuando le daban alguna

moneda; pero lo que nos agradó más que todo, lo que le daban muchas. Yo le seguía con la mirada, y pude ver cómo caían las piezas de plata en el sombrero; la recién casada fué la última que echó una pieza de cinco francos.

¡Qué fortuna! Pero no acabó con aquello. ¡Ay!



Volvimos á tosar rigotines.

dicha. Fuimos convidados á comer en la cocina y pudimos dormir en un granero. Al día siguiente, cuando salimos de la hospitalaria casa, teníamos veintiocho francos.

— A ti es á quien lo debemos, mi querido Mattia — dije á mi compañero; — yo solo no hubiera podido formar nunca una orquesta.

Con veintiocho francos en el bolsillo éramos unos grandes señores, y cuando llegamos á Corbeil pude, sin cometer una imprudencia, realizar algunas compras que me parecían indispensables: en primer lu-

gar, un cornetín de piston que me costó tres francos en una tienda donde vendían hierro viejo; por aquella cantidad no podía ser nuevo ni hermoso, pero después de limpiarle bien nos prestaría un buen servicio; además unas cintas encarnadas para nuestras medias y un morral de soldado para Mattia, pues era inútil fatigoso llevar siempre á la espalda un morral ligero que de vez en cuando uno pesado; nos repartiríamos el peso por igual y de este modo estaríamos más ágiles.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA,

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

Un brazo de mar separaba aquella llanura del resto de la tierra firme. Por en medio de dislocadas peñas y mogotes, al frente del lugar que ocupaban los expedicionarios, corría un anchuroso río de lavas encendidas y humeantes, que se precipitaba estruendosamente en el mar.

Al chocar entre sí los dos terribles elementos, abrazábanse y retorciábanse en infinitas cóleras y reñcores..... Su extraño combate producía maravillosos antagonismos de luces y colores, de múltiples sonoridades y chisporroteos.

Aquel río de líquidas escorias tenía su origen en los flancos del promontorio, desde cuyo vértice rebosaba á torrentes el abrasado turbión de lava; desde allí, cual serpiente de fuego, retorciábase entre abruptos peñascos, siguiendo sus sinuosidades hasta que caía en el mar con imponente estruendo.

El repetido contacto del fuego y del agua producía tuberosos vapores, que al elevarse en la atmósfera se rarificaban, y cual si fuesen un tupido velo, casi vel el espacio de dos millas, enturbában la luz del sol y daban al claro azul del cielo un tinte oscuro, pizarroso, emagrecido.

Según pudo observar el oficial irlandés, el calor del agua era excesivo y determinaba una rápida corriente en dirección del Sur. No sólo estaba el agua en aquellos parajes, en la superficie á lo ménos, á una elevada temperatura, sino que hasta las mismas rocas en que los expedicionarios posaban los pies parecían caldeadas, como si debajo de ellas existiese un inmenso horno.

Mister Francis O'Donnell y los marinos que le acompañaban no tenían ojos, según suele decirse, para admirar aquel espectáculo.

Los dos elementos, las fuerzas plutónicas y las neptunianas, como dos atletas de potencia igual, estrechábanse á porfía en rudos y violentos embates. La encendida catarata se lanzaba en el mar con aironadores rugidos, y recibíale su antagonista levantando montañas de espumas y nubes de vapor. Sus agudos silbidos, sus espantables resonancias parecían conllover el suelo y el ambiente en torno de los explotadores.

CAPÍTULO XVIII.

LA NUEVA TIERRA. — PATÉTICA APARICION. — EN EL ESCALO DE LA CÓLERA. — ASTUCIA DE JOHN CROSSBOW. — KE « ACTIVO ».

I.

Los marinos ingleses en su corta expedición por

aquel terreno volcánico de apariencia triste y desolada, nada vieron que pudiera regocijarles.

Peñascos hundidos en todas direcciones, compuestos de feldspato y granito rojo; columnatas y enhiestos mogotes de basaltos simétricos, regulares, revistiendo las mismas formas y caracteres, accidentaban por todas partes el terreno, y aparecían como si estuviesen enterrados en él.

Éste formábase de una especie de arenisca bituminosa, calcárea á trechos, y cubierta en otros de partículas metálicas y filones silíceos. En algunos parajes no era posible fijar los pies, porque no se había aún solidificado la lava; humeaba todavía en ciertos puntos, y su contacto en otros era abrasador.

Los exploradores no descubrían huella alguna de seres humanos en aquellas rocas calcinadas. Escaso número de focas con sus crías solazábanse en los peñascos más próximos al mar.

Entre los humildes vestigios del reino vegetal abundaban, al pie de las peñas que de continuo asaltaban las olas, varios *fucos* (1) de brillante color de púrpura mezclado con un ligero matiz verde. Pertenecían á la clase llamada *florideas* por su color; compónense de expansiones foliáceas con nervaduras sostenidas por un tallo cilíndrico, que se fija en las rocas ó en los cuerpos marinos por medio de un oncopalme, que tiene cierta semejanza con una raíz.

Estas plantas fructifican rompiendo un tubérculo, cuyas cápsulas se abren y dan paso á las semillas, que son juguete de las olas hasta que encuentran un cuerpo á que adherirse; entónces empiezan á desarrollarse y á procrear.

II.

John Crossbow, mientras sus subordinados exploraban aquellos alrededores, permanecía en la playa, junto al asta bandera, cruzado de brazos y fijos los ojos en el mar que ánte sus miradas se extendía.

Hallábase meditabundo, ensimismado; parecía presa de extraña preocupación, como hizo notar en el capítulo precedente, ¿Qué podía abstraerle de aquel modo cuando el destino accudaba á placer sus ambiciones?

Ante sus ojos desapareció, envuelta en la masa líquida del volcán submarino, la chalupa de doble búlce. Era de presumir que en su vorágine se ahogaría, y en este caso..... en este caso.....

(1) *Hydrozoos* de los naturalistas; pertenecen á la clase de los scifitómata de Jussieu y á la de las criptógamas de Linnéo

Siniestra sonrisa, al formular semejante pensamiento, iluminó el semblante de aquel hombre; pero bien pronto tornó á oscurecerse, expresando zozobra, inquietud, temor. ¡ Ah! si, temía á su conciencia, que es el más severo é inexorable de los jueces.

Y sin embargo, oíase murmurar:

— Cuando vea sobrenadar encima de las olas el

descompuesto y rígido cadáver del último de los Ballesta, entonces.... ¡ por la Nueva Sion! entonces desaparecerá de mi espíritu el ansia que le consume.

Fijándose en aquel momento en el *Balasar Ballesta* y en el *Algeciras*, que avanzaban á toda máquina, continuó diciendo sarcásticamente:

— Si, si, corred, africanos; encontraréis que otra



Al chocar entre sí los dos terribles elementos, abrazábanse y retorciábanse en infinitas coleras....

ave ocupa el nido. Pero.... ¿qué intentan? Botan al mar una chalupa..... embárcanse en ella algunos hombres..... ¿Qué intencion será la suya? ¡ Iras de Dios! ganéles yo por la mano. En estos países ondea ya el pabellon de la Gran Bretaña; están bajo su dominio y dependencia. ¿Qué hacen? No se dirigen á esta playa..... hacen rumbo al S. E..... Pero ¿por qué asentan con tanta atencion sus anteojos por encima de mi cabeza? Veamos.

Y volviéndose á mirar en aquella direccion; mas apenas la luz, un terrible juramento escapóse de sus maldicientes labios..... y pálido, convulso, desencajada las facciones, ciego de ira, arrancó súbitamente de su cintura, por un movimiento casi automático,

el revólver Lefauchaux que de ella pendia, y apuntando con él, hizo fuego por dos veces.

III.

¿Contra quién disparaba Mr. Cróssbow, poseído, al parecer, de extraño frenesi?

Como á doscientos metros distante del lugar en que él se encontraba, alzábase un grupo de basaltos, rocas ofiolíticas y feldspáticas; violáceos y amarillentos tonos revestian los primeros; verdosos y rojizos las segundas. Su conjunto formaba un mogote, cuya cúspide estaria á más de cincuenta metros sobre el nivel de la playa.

En una de sus más elevadas rocas veíase á un hom-

bre cruzado de brazos, imponente y sombrío, que fijaba sus ardientes ojos en John Cróssbow. Detrás de él, distante sólo algunos pasos, se levantaba un mástil del cual pendía, ondeando al viento, una bandera. Aquel hombre era el capitán Félix Ballesta; á su espalda lucía sus bellos colores el pabellón de España.

Presa de vivísima exasperación era en aquel momento el capitán del *Great-Britain*. Los disparos que acababa de hacer á su sobrino fueron del todo inútiles; su ofuscación era tanta, que ni aun paró mientes en que su revólver no alcanzaba á más de cien metros.

— ¡ Maldición ! ¡ maldición ! — prorumpía maldiciendo á grandes paños la arenosa playa. — ¡ Ha llegado ámas que yo ! No la percedo. Mas ¿ cómo se ha salvado ? ¡ Iras de Satanas ! ¿ qué me importa ? El hecho es que está ahí altanero, arrogante, desafiador.... Y como si esto no fuera suficiente para el pecho mío, voy enarbolada á su lado esa aborrecida bandera.... ¡ Maldita, maldita sea cien veces !

Los disparos del revólver habían llamado la atención de los marines ingleses, que vagaban en grupos por la áspera superficie de aquella lengua de tierra, y se hicieron presurosos á la playa.

— ¿ Qué sucede, capitán ? — preguntó John Smith, admirado de la palidez y sombría expresión de su jefe.

Juan Ballesta no contestó. Como el tigre prisionero en la jaula, así iba de una parte á otra, hollando con sus pies la blanca arena, gesticulando, maldiciendo, clavándose las uñas por debajo de las ropas en el agitado pecho.

— ¿ Qué os ocurre, capitán ? Decid, decid — exclamaron interpeleándose algunos de los suyos.

John Cróssbow señaló al enhiesto mogote en que había visto á Félix Ballesta; pero éste no se encontraba allí; también habían desaparecido la bandera y el mástil que la sustentaba.

El capitán inglés exhaló, lleno de asombro, un grito de su enronquecida garganta: sus facciones expresaban la extrañeza, la duda, la perplejidad; llevóse ambas manos á las sienes.... ¡ tenía volverse loco ! Pero, como en otra ocasión manifesté, el cerebro de aquel hombre terrible, que vino al mundo para resistir todas batallas, hallábase bien organizado, y resistió aquella prueba con su habitual energía.

Pronto se hizo dueño de sí, y calculó rápidamente lo que en aquellas circunstancias le convenia hacer.

— No es nada — dijo con singular aplomo; — llamaba vuestra atención acerca de un ser extraño que há poco se me presentó en medio de aquellas rocas; hecho fuego sin resultado. Despues, no sé cómo, ha desaparecido.

IV.

Bien notará el lector que el audaz gibraltareño consultaba á sus subordinados las verdaderas condiciones del hecho; sin duda obedecía este proceder á determinados propósitos. El tiempo descubrirá lo que acerca de este asunto importe saber.

No otorgaron cumplido crédito á las palabras del

capitán algunos de los marines que se hallaban presentes, pero aparentaron darse por satisfechos con aquellas explicaciones. Quizás el que mayores dudas experimentaba era el oficial irlandés; sus miradas fijáronse en los ojos del gibraltareño poseídas de incredulidad.

Esta muda interrogación no produjo ningún efecto. El capitán inglés estudióla hábilmente, exclamando: — ¡ Ya, valientes hijos de la Gran Bretaña, hemos tomado posesión de estas tierras; poco, pues; rayos y truenos ! debe importarnos que nuestros enemigos lleven adelante su temeraria empresa; nuestro buen derecho está asegurado: hemos sido los primeros en posar el pié sobre estas antiguas rocas, y en implantar en ellas el glorioso pabellón de Inglaterra. Nada más nos resta que hacer aquí; recumbámonos en nuestros buques, y dejando detras de nosotros las opacas nieblas que nos envuelven, apartaremos ántes de mucho á los encantados países que con tan brillantes colores describió el ballenero Van-der-Zaans. Tal vez habréis observado que las naves de esos papistas.... ¡ Dios las enfunda ! hace algunos instantes desaparecieron detras de ese promontorio que mira al O.... No desisten de su empeño; ¿ pretendán tal vez disputarnos nuestro derecho de prioridad ?

John Cróssbow y sus subordinados volvieron á bordo de sus embarcaciones, las cuales, como no habían sido apagados los fuegos de sus máquinas, pusieron acto continuo en movimiento, encaminando el rumbo hácia el Sur.

Media hora más tarde remontaban el promontorio á que hizo referencia anteriormente el gibraltareño. Apénas los ingleses dejaron por la popa el dicho promontorio, apercibieron, como á dos millas delante de ellos, los bajeles españoles. Precediéndoles y navegando á toda máquina velase la chalupa de vapor....

La presencia del pequeño buque causó en los ingleses indecible sorpresa; suponiendo sepultado en la inmensa vorágine que el volcan submarino abrió delante de él....

Y en verdad, que casi milagrosamente escapó de aquel peligro, gracias á su poco peso y exiguo tamaño.

V.

La chalupa era un modelo de construcciones navales.

Había salido del astillero de *Coilland Bacqué, frères*, de Marsella; su máquina era de veinte caballos y hallábase dividida en tres partes: la caldera, el mecanismo á ella adjunto, y la doble hélice, que estaba debajo del codaste.

En el interior del buque se desatornillaban todos los tabiques, los mamparos, los pañoles y la camarota de popa, quedándose el casco completamente libre de cuanto en su interior contenía.

También el casco se dividía en tres partes: todo él era de acero galvanizado, muy resistente y de gran ligereza.

Fuertísimos pernos y tornillos ajustaban unas sobre otras las diferentes partes de la embarcación; dán-

dole cuantas condiciones de solidez é impermeabilidad pudieran desearse.

Desarmado de este modo el pequeño buque, depositóse en la bodega del *Baltasar Ballesta*, de todo lo dicho sólo tenía conocimiento el contramaestre *Borrasca* y algunos marineros, á los cuales exigió

don Félix guardáran sobre el caso el más absoluto silencio.

Cuando el honrado sobrino de Juan Ballesta apercibióse de que sería inhumano exponer á sus marineros á una segura catástrofe, por competir en celeridad con los buques británicos, apeló á su chalupa de



Véase á un hombre cruzado de brazos, imponente y sombrío....

bélice, que para aquel y otros casos llevaba á prevención. Sacáronse del sollado todas las piezas que la componían, y se dió principio á armarla sobre el puente.

Sirviéndose de llaves, pernios y tornillos, fué cosa apénas vista cuando hecha la union entre sí de las tres partes en que estaba dividido el casco: D. Félix, con el plano á la vista, dirigía la operacion. Iguales procedimientos se emplearon para colocar en sus lugares respectivos las diferentes piezas, incluso la máquina, que formaban el complemento de la embarcacion.

Dos horas escasas empleóse en esta faena. Despues, con aparejos á propósito y las debidas precauciones, fué botado al mar el pequeño buque. No qui-

so el primer maquinista Jaime Ferreros, ó el *compañero Pep*, como solía llamársele á bordo, que nadie le sustituyese en el honor de hacer funcionar por vez primera la máquina de la chalupa, acerca de la cual ya es tiempo, sufridísimo lector, de que conozca un necesario detalle.

La navecilla llevaba á los costados, en gruesos caracteres, el nombre *Activo*, que fué con él que se la bautizó.

Cuando el *Great-Britain* y el *Gibraltar* dejaron detras de sí á los buques españoles, no apercibieron la chalupa, porque el casco del *Baltasar Ballesta* le ocultaba por completo á sus ojos.

Un instante despues, la máquina del *Activo*, á alta presion, hallábase en estado de funcionar: niñón-

tras tanto, en cumplimiento de las órdenes de D. Félix, habiáanse embarcado á su bordo algunas armas y otros efectos.

Esta era la causa del movimiento que se notaba en el puente del *Baltasar Ballesta*, y que apenas fué reparado por el gibraltareño cuando pasó con sus bajeles por delante de los que suponía enemigos.

Ast que todo ensayo á punto, embarcáronse en la chalupa el capitán, el doctor Poey, la bella Clotilde, que se empeñó en acotopañar á su marido, y veinte hombres de los más probados por su esfuerzo y por su adhesión á la antigua casa de los Ballesta.

Se puso el *Activo* en movimiento, y con la poderosa máquina que para sus dimensiones poseía y sus dos propulsores, empezó á surcar rápidamente las aguas....

Don Félix, asido al timon, atento á la brújula y á un mapa de las costas que tenía delante de sí, guiaba con segura mano el rumbo de su nueva embarcación.

CAPÍTULO XIX.

LA ERUPCIÓN DEL NUEVO CRÁTER.—LOS AMOTINADOS.
MAESÉ PEDRO.—CLOTILDE.—EL ULTIMATUM.—DES-
ENGAÑE.

I.

Recordará el lector, que pocos momentos despues de haber la chalupa dejado por la popa á los buques ingleses, cesó de subirla la urupción submarina.

Puesto rumbo hácia ella llevaba el *Activo*, no ciertamente con el propósito de abordarla, sino con el de ir estroando sus bordes á la mayor aproximación posible, para seguir el camino más corto y ganar tiempo.

Pero entonces fué sorprendida la pequeña nave por un extraordinario accidente. Sin duda tenía el volcan submarino, además del cráter principal, otros orificios secundarios; tal vez cuando las aguas del mar conseguían invadir por algunos instantes el encendido horno, obrando como un artificio impelente, expulsaban los inflamados y gaseosos líquidos, los cuales, con irresistible violencia, abríanse paso al exterior por onevas ó antiguas aberturas.

Tal debió suceder en aquellos instantes, con menguada fortuna de la navecilla, que fué envuelta por la montaña de agua que el eruptivo torrente levantó en la superficie del mar.

El peso específico, la gravedad de un buque de alto bordo, habiéndole sepultado en el abismo abierto debajo de su quilla; pero el *Activo*, á su pequeñez y poco peso debió la salvación; elevado por la ola en su agitada vértice, á haber sido mayor su gravedad, habría perecido irremisiblemente; mas al caer las aguas, en busca de su natural nivel, lleváronle consigo á distancia tal, que ni los nuevos turbiones ni las inflamadas escorias y encendidos gases que de la abierta vorágine se escapaban, pudieron ya hacer presa en él.

No pasó ciertamente lo ocurrido sin experimentar á bordo algunos percances.

El primer compartimiento quedó anegado; afortu-

namamente no llegó el agua á los hornillos de la máquina, y ésta continuó funcionando. Clotilde, el doctor Poey y ocho marineros quedaron más ó menos gravemente heridos y contusos, pues en la brusca sacudida que sufrió la nave, rodaron por su cubierta cuantos no lograron asirse á tiempo de las bardas.

La columna de agua, vapores y materias incandescentes que continuó levantando el volcan, ocultaron la chalupa de la vista de sus enemigos; por lo cual supusieron éstos que fué su pérdida segura. En tal disposición, completamente invisible para sus perseguidores, pudo ganar al E. un alto promontorio, distante á lo sumo una milla, y atracar despues á un enorme ancon.

Acto continuo desembarcaron el capitán Ballesta y algunos de sus hombres. Seguido de ellos escaló don Félix la espide del mogote, en el que izó más tarde el pabellon de España.

Si la chalupa de vapor no fué ápercibida por los ingleses, no le sucedió lo mismo con los barcos españoles.

Navegaban éstos más al E., y como el *Activo* hacia rumbo al S. S. E., quedaba de todo punto invisible, porque la erupción volcánica no se interponía entre ellos.

El *Baltasar Ballesta* y el *Algeciras* siguieron á toda máquina al pequeño buque; cuando estuvieron próximos al promontorio, sus marineros botaron al mar una canoa, que llevaba socorros al capitán, en la creencia de que hubiesen ocurrido á bordo algunas desgracias.

Ocurrirásele ahora preguntar al lector:

¿Cómo no advirtieron los marinos ingleses la presencia de los españoles en aquellas avanzadas isletas del continente austral, ni el pabellon por éstos enarbolado en el peñasco mogote?

El capitán Ballesta sabía de cuánto era capaz su fin, y no quiso exponer á su gente á una colisión terrible, por lo cual, sólo en un momento dado, para orientar á sus buques y hacer constar que estaba allí antes que los ingleses, izó su bandera y se dejó ver.

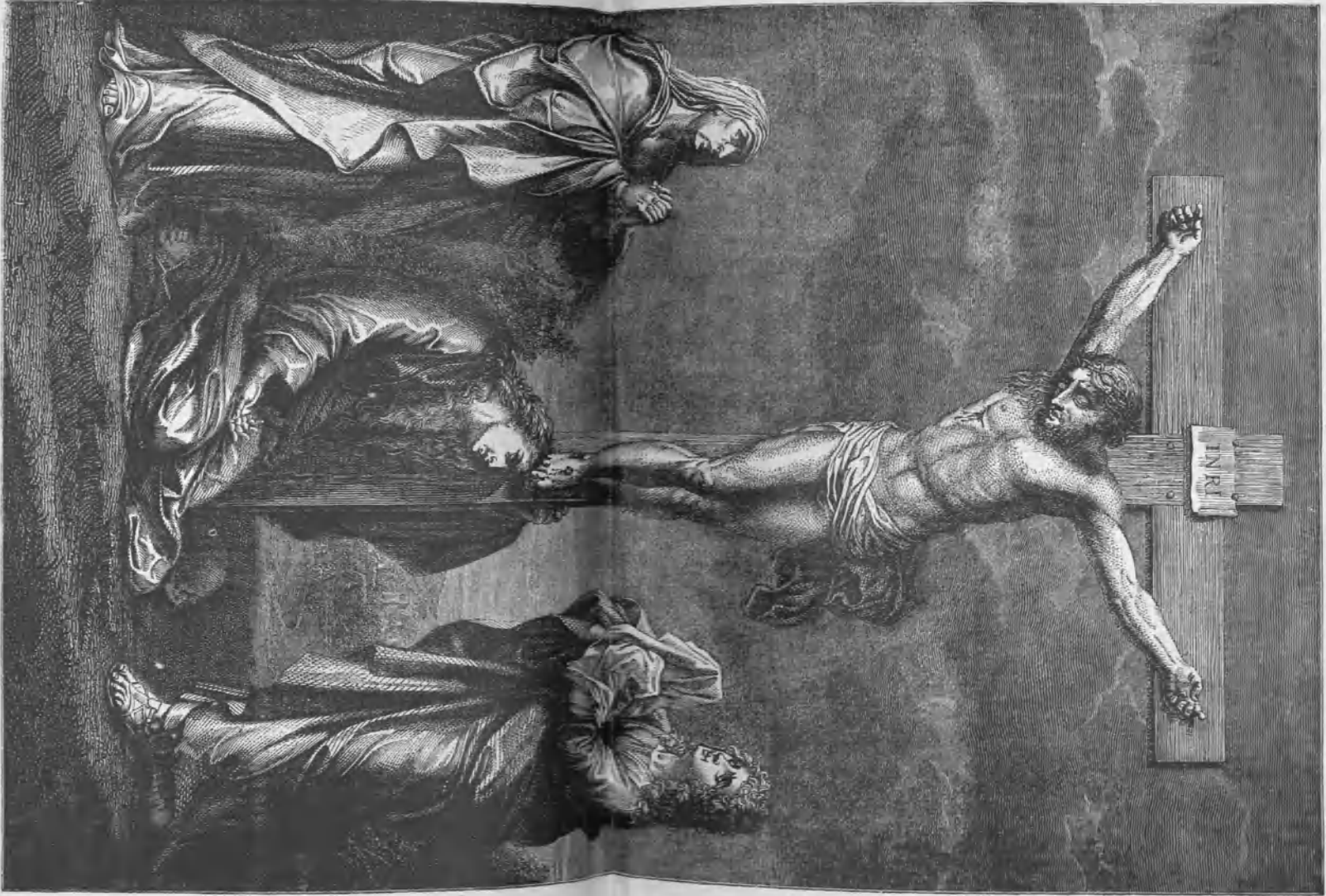
Hé aquí la razon de que los marinos de la Gran Bretaña, que recorrieron los islotes, no vieran lo que tan distintamente ápercibió el gibraltareño. Con gran lucidez hizose cargo de esta circunstancia aquel extraño personaje, y pensando sacar de ella en lo futuro gran partido, no dió á conocer á sus gentes las causas que produjeron su anterior alarma.

II.

Pero ¿cómo llegaron á reunirse el *Baltasar Ballesta* y el *Algeciras*? ¿De qué manera pudo escapar el primero á la terrible conjuración fraguada por el contramaestre Tomás y algunos compinches suyos? ¿Qué fines se proponían realizar aquellos desalmados?

¡No me atosigues, no me apremies, no me abrumes con tantas preguntas, lector de mis pecados!

Ten calma; procedo, pues, lo más sucintamente posible, á poner en tu conocimiento los pormenores que reclamamos de mí.



LA MUERTE DE JESUS.
(CUADRO DE GUIDO REN.)

En bien aprado trance quedó en el capítulo XI de este verídico relato el capitán Ballesta y el hermoso buque que mandaba.

Una veintena de hombres desleales, seducidos por las excitaciones y las promesas del segundo contra-maestre, después de conseguir la evasión de éste, lanzáronse, á favor de la oscuridad y la avanzada hora de la noche, á la realización de una empresa de éxito problemático y de punible indignidad.

El oficial de cuarto, Dionisio Alvarez, lleno de alarma por los sonidos del silbato y las vociferaciones de los que se amotinaban, intentó salir de la camarata de los timonales, mas al hacerlo, sintió apoyarse en su pecho el cañon de un revólver y que la infimaban se rindiése.

De ánimo valeroso era el jóven; pero ¿qué había de hacer en aquella desesperada situación? Sólo se le oyó exclamar con ríscoso acento: «¡Matadme, traidores! Un momento despues yacía fuertemente agarrado sobre la cubierta. El timonel siguió marcando el rumbo, pertenecia á la banda de aquellos desalmados.

Los marineros que se encontraban en el rancho de proa, al pretender averiguar lo que sucedia, vieron amenazados por los sables y los revólvers de los insurrectos; sin armas se hallaban, y desconocian el número de sus adversarios; cedieron, pues, á fuerza mayor, como suele decirse.

Uno á uno hicieron salir del rancho y bajar al entrepuente; hecho lo cual, clavaron las escotillas.

En resumen: ménos de veinte minutos invirtieron los amotinados en enseñorearse de la cubierta del buque; todo hasta entónces les salió á pedir de boca, pero ¿podrian continuar prometiéndose las felices?

Mientras tenía lugar sobre el puente lo que precede expuesto, ocurría en el departamento de las máquinas una escena del propio carácter.

Sentados, mano á mano, se encontraban en la camarata que ya conoce el lector, el primer piloto y el primer maquinista del *Baltasar Ballesta*. Acababan de vaciar ambos una copa del excelente uisado de su tierra, cuando sorprendiéronles bruscamente los agudos sonos del silbato. Era la señal que desde la toldilla hacia á los suyos el traidor contra-maestre.

Don Raimundo púsose de pié, exclamando:

— ¿Qué es esto, *compadre Pep*? ¡Ah! Sí por acaso intentasen....

No pudo terminar su pensamiento; sintió de súbito que por la espalda le asian de los brazos dos vigorosos marineros. Eran los que estaban en el pasillo, continua de vista el uno, cerca de la prision de Tomás, y el otro el que entró á relevarlo algunos momentos ántes.

Se abalanzó el maquinista en defensa del piloto; mas uno de los marineros le disparó á quemarropa un tiro de revólver, que le hirió en un hombro. Era el malloquin hombre templado si los hay, y sin hacer caso alguno de su herida, intentó asir al que le hizo fuego; una mesa que entre los dos se hallaba impidió su propósito, y ya iba el marinero á hacerle un segundo disparo, cuando, sin saber cómo, entró en es-

cena un nuevo personaje que dió especial giro al asunto.

Poco ménos que atropellando al maquinista, saltó por encima de la mesa, y de una patada en el pecho á uno de aquellos malsines, y de un manotazo al otro, hízolos rodar por el suelo....

Era *Muñeca Pedro* en persona; acurrucado, como siempre, cerca de los hornillos, dormitaba con un ojo abierto, segun tenía de costumbre; pero el ruido de la lucha que sostenia el primer piloto, y el disparo del revólver, le arrancaron al soño que le estabargaba.

Entónces, en las recónditas circunvoluciones de su cerebro, debió hacerse cargo con perfecta lucidez de la gravedad de la situación, puesto que tan oportunitamente intervino en ella en la forma que precede dicha.

III.

Al par de los sucesos anteriores, otra distinta escena, dependiente de ellos, tenía lugar en la cámara de popa.

Tambien los sonidos del silbato y el movimiento que se notó sobre cubierta llevaron la alarma al espíritu del capitán. Abandonó el lecho apresuradamente, vistióse á oscuras, y poseído de viva ansiedad corrió hacia la escalerilla de la cámara....

Pero apénas salió de su camarote sintió que alguien le sujetaba del brazo, y que una dulce voz le decía:

— ¿A dónde vas?

— ¿Despierta y levantada estás, esposa mía?— exclamó don Félix, reconociéndola.

— ¿Has olvidado que siempre en el lecho reposo vestida, y que cuando tú duermes yo velo?

— Déjame; algo grave debo pasar á bordo....

— No levantes la voz....

— Pues ¿qué sucede? Contéstame....

— ¡No subas á la cubierta, Félix!

— ¿Qué dices?

— Está guardada la escalerilla por hombres armados.... La oscuridad de la cámara me permitió aproximarme y observé detras del mariparo.... Han fuego, sobre todo el que intento subir....

— ¡Ah, infames, infames!

— Detente.... no subas!

— Aparta, Clotilde....

— ¡Por piedad!

— ¿Qué es eso? Ha sonado un tira en el departamento de las máquinas.... ¡Ah! Corro á esbir....

— Yo te sigo....

— Quédate, Clotilde.

— ¡Félix!

— ¡Te lo ruego! Tu presencia me embarazará....

Y estrechando contra el pecho á su noble esposa se lanzó al pasillo, por el cual podia comunicarse con las máquinas. Clotilde, á pesar de la súplica del capitán, deslizóse detras de él como una sombra.

(Se continuará.)

NAZARETH.

El viajero que recorre la Palestina apenas encuentra una colina, valle, torrente, fuente, ciudad o aldea que no haya sido residencia de algun personaje conocido, ó teatro de algun acontecimiento relacionado con la historia de la Iglesia de Jesucristo. Cada punto, por pequeño que sea, trae á nuestra memoria mil recuerdos sagrados. Así, por ejemplo, un día sale á caballo por la parte sur de Jerusalem; despues de dejar la ciudad por la antigua torre judía en la puerta de Zaffra, cruza la llanura de Rephadin, pasa al lado de la tumba de Raquel, visita á Betlehem, bebe agua en la piscina de Salomon, se detiene en el campo de Mambré, y por la fuente de Abraham vuelve hácia los viñedos de Eshcol y termina en el Heron.

De todos los caminos de la Tierra Santa, el más notable es el de Jerusalem á Nazareth, que atraviesa todo el país que fué el teatro de los sucesos de la Sagrada Escritura. Ninguna parte de la Palestina, sin embargo, presenta un aspecto de desolada grandeza que cause más impresion que estos distritos montañosos de Samaria y de Galilea. En las tres jornadas que hay de Jerusalem á Nazareth, todo el panorama de la Biblia se desarrolla, por decirlo así, desde el punto donde el hijo de Jacob fué vendido por sus hermanos, hasta Naim, donde el divino Salvador le devolvió á la vida su hijo. Desde allí, cruzando la llanura y subiendo las colinas de Galilea, que se levantan bruscamente del llano, el viajero descubre las humildes casas de la ciudad, que yace en una especie de ríto en estas colinas aisladas, y á la que dan el nombre de Ciudad Blanca ó Flor de Galilea. Una jornada por el moderno Nazareth hay que hacerla, sin embargo, por bazares estrechos y llenos de gento, y por callejuelas sucias, hasta que más allá de los arboles se ven los árboles de un venerable bosquecillo, donde están plantadas las tierras. El lugar sagrado de la Anunciación pretenden los griegos que le ocupe su iglesia, que está en un extremo de la ciudad, y los latinos, á su vez, sostienen que está en la sruya, que se halla al otro extremo. El convento de los franciscanos ocupa el sitio que ocupaba la casa de la Virgen. Los alrededores de la ciudad son muy hermosos, y tienen una multitud de granados, olivos y viñas, que les dan sombra con su hermoso pero oscuro follaje. La población cuenta unas tres mil almas, y aunque es pobre y miserable en muchos conceptos, sus tradiciones la hacen muy interesante en la Tierra Santa. Además del convento y de las iglesias hay un klan y una mezquita. A corta distancia de la ciudad existe una capilla edificada sobre el sitio que se dice ocupaba el taller de San José, y la fuente de la Virgen está á unos 500 pasos de distancia, donde hubo en otro tiempo una iglesia dedicada al arcángel San Gabriel. El manantial de la fuente se halla dentro del convento griego. La mesa de Nuestro Señor, á la que se sentó muchas veces con sus discípulos, segun

se dice, se manifiesta en el convento de los franciscanos.

R.

EL PIANO EN LA FAMILIA.

El entusiasmo por el piano parece haber cesado, pero todavía no se le ha tributado toda la justicia que merece.

Este instrumento, brillante en un salon de concierto, tiene inexplicables atractivos en las reuniones familiares, bajo los dedos de algun aficionado sin pretensiones. Bajo este punto de vista debe merecer universales simpatías.

El piano, sin contradicción, ofrece gran interés para la familia. Segun dicen los ingleses, *anima* al hombre y alienta de su alrededor el cansancio del trabajo del día. Apenas termina la comida, corre uno de los niños y abre el precioso mueble, pasando pronto sus dedos por el teclado, recordando algun trozo favorito ó descifrando la partitura de alguna ópera nueva. El jefe de la familia habria probablemente salido de casa para ir en busca de distracciones que ella parecia no poder ofrecerle; pero, atraído por los sonidos del instrumento, se dirige al salon, donde al poco rato se le reúnen los otros hijos y su esposa.

Se acorda el primer trozo y se toca otro, y despues otro y otro, de manera que las horas se pasan en la más encantadora y feliz intimidad, escuchando un concierto, modesto sin duda, pero lleno de atractivo para todos.

Si el oído padece alguna vez por la inexperiencia del que ejecuta, el corazón, más indulgente que el oído, perdona al momento la torpeza del jóven músico, y de esas buenas y agradables veladas resulta siempre el afirmar más y más los dulcísimos y santos afectos de la familia.

En las grandes ciudades, donde tantos placeres más ó menos costosos, donde tantas distracciones, algunas de ellas peligrosas, convierten todos los dias fuera de su casa al padre de familia, el piano es un verdadero amigo, económico y prudente, que hace permanecer al padre al lado de sus hijos, y habla algunas veces al alma con más seguridad que los mejores libros y que los más famosos moralistas.

El piano ha triunfado con mas frecuencia de lo que se cree del café y de los demás círculos de reunión, en que, bajo el pretexto de la conversacion, se tiene por verdadero objeto al juego.

Pero donde sobre todo ejerce el piano su benéfica influencia, es en las pequeñas poblaciones y en el campo, lejos de los grandes centros de la poblacion. ¿En qué emplear las largas veladas del invierno cuando cada familia, encerrada en su casa, vive de sus propios recursos intelectuales? En la música sobre todo.

¿Y qué género de música mejor para ese objeto que la del piano? El piano contiene en si solo toda una orquesta, tanto por la extension de la escala de

sus sonidos como por la feliz disposición de su teclado, el cual permite, como todos saben, ejecutar con facilidad varias piezas simultáneas. El piano recuerda con placer las piezas de música que se han oído, y da una idea muy suficiente de las grandes composiciones ó ejecuciones á las cuales no se ha podido asistir.

En todos tiempos ha sido el piano el instrumento favorito de los compositores. Muchas obras maestras han sido escritas para ese instrumento por músicos clásicos y modernos.

Esas son precisamente las razones que han hecho del piano un mueble indispensable en la mayor parte de las casas de Europa.

El piano, que generalmente produce la alegría y tierno placer, ha sido en ciertas circunstancias el doloroso intérprete de las más dolorosas y lánguidas emociones. Chopin, conociendo que su muerte se aproximaba, quiso dar un eterno adiós al instrumento que había traducido sus inspiraciones y que le había proporcionado tan brillantes éxitos. Acercaron un piano á la cama del enfermo, y Chopin, con los ojos velados por la muerte y con las manos heladas, trató de hacer salir algunos sonidos del instrumento. Una melodía suave, penetrante y llena de recuerdos se hizo oír, pero el músico no pudo concluir su dolorosa improvisación.

Se echó de nuevo en la cama y murió á las pocas horas.

Lablache, el incomparable artista, el hombre honrado por excelencia, que ha dejado en perpétuo luto al mundo músico, intentó cantar al morir, con el fin, decía, de acabar la vida como había siempre vivido, en el cultivo de su arte. «Vé—dijo á uno de sus hijos—siéntate al piano y acompáñame.»

El hijo, con el corazón traspasado de dolor, los ojos arrasados en lágrimas, pero esforzándose para ocultar su emoción, obedeció á su padre.

Lablache cantó entonces las primeras palabras de una romanza inglesa, dulce y triste á la vez: *Home, sweet home*. (Casa, dulce casa.—¡Había amado siempre tanto la familia!) Pero al segundo verso la garganta del cantante se contrajo y la voz ya no salió de ella.

—¡Ah!—exclamó Lablache—; no puedo cantar, soy hombre perdido!

Y murió en efecto aquella misma noche.

Otra vez en Madrid.... Pero me detengo, porque no ha sido para evocar fúnebres recuerdos para lo que he querido trazar estas líneas.

He dicho bastante, creo, para rechazar todos los insultos chistes que tienen el piano por objeto, y para demostrar su buena influencia en la familia, donde tiene su verdadero puesto.

J.

EL PINTOR INGRES.

El día 4 de Enero de 1867 falleció en París uno de los artistas más notables de la Europa moderna,

cuya muerte causó un profundo sentimiento, no sólo en Francia, sino en todas las demás naciones. Monsieur Ingres, que es la persona á quien aludimos, es uno de los más eminentes y de los más famosos pintores de los tiempos modernos y el patriarca del arte francés, al mismo tiempo que uno de los hombres de más representación del presente siglo. El mérito de sus obras ha sido objeto de violentas discusiones. Cuando la lucha de los partidos clásico y romántico estaba más encarnizada que nunca en Francia, los cuadros de Ingres se aceptaban en ambos partidos como la verdadera encarnación del espíritu antiguo, al paso que á las obras de Lacroix se las consideraba como mémos típicas apóneas, pero de la escuela moderna y contraria. No hay artista alguno de los tiempos modernos cuyo genio se haya atacado, disputado y aun negado más, y sin embargo, ninguno ha tenido defensores más ardientes ni ha inspirado admiración mayor, que en realidad llegaba á ser reverencia. La doctrina á que Ingres se había entregado ó por mejor decir, á la que se había consagrado con religiosamente, era la impotencia suprema en el dibujo en su sentido más elevado.

Este principio lo sostenía con una inflexibilidad stoica y lo practicaba áun despreciando el colorido. Ingres sentía, sin embargo, tan profundamente la amarga crítica de algunos de sus compatriotas, que estuvo tentado muchas veces á negarse á exhibir sus obras, y estos ataques sin duda alguna retardaron mucho su regreso á Francia desde Italia. Como quiera que sea, su buen éxito continuó, hasta verse coronado por el triunfo cuando una gran galería de la Exposición francesa de 1855 se llenó exclusivamente con sus obras maestras. Durante los últimos años pocas veces se le ha atacado; vivía gozoso de la gran fortuna que había ganado de un modo tan honroso; su reputación había llegado á ser europea, y era feliz en su union con una mujer joven y amable. He aquí algunos detalles biográficos suyos.

Juan Domingo Augusto Ingres nació en Montauban, en 1781; sus padres eran artistas, y por la aptitud natural que el niño demostraba para la pintura le destinaron á ella en un principio; pero la preferencia á la pintura se manifestó en él en una edad muy temprana. En 1800 recibió el segundo premio de la Academia, y al año siguiente el primero. Pasó cuatro años en el estudio del pintor David, y naturalmente se esforzó en igualar al arte clásico. Mirando estuvo en Roma, donde residió algunos años, estando con la mayor asiduidad las obras de Rafael. Uno de los cuadros que pintó en Italia, *El Voto de Luis XIII*, le concilló sus criticos; pero *La Apoteosis de Honoro*, que pintó á su regreso á Francia, en 1827, en un techo del Louvre, y que algunos han considerado como su obra maestra, mostró su disposición clásica en toda su fuerza.

Sucedió á Horacio Vernet en la dirección de la Academia Francesa en Roma, y como maestro personal, pero como ejemplar por sus obras, su influencia ha sido completamente favorable. Á él deben atribuírse en grande escala la severidad, la pureza de gusto, y el dibujo elevado y correcto que distinguen á la es-

cuela francesa. *El Menantial*, que es el último cuadro de importancia que pintó en una edad ya muy avanzada y envió á la Exposición Internacional de Londres de 1862, si no es absolutamente irreprochable en cuanto al dibujo, está calculado de un modo admirable para convencer al público inglés de la com-

pleta castidad de la obra más bella de Dios, de la forma femenina, de que la inocencia no necesita velo alguno, y de que el verdadero arte es puro. Ninguna estatua de Diana está ménos libre de toda sombra de voluptuosidad; en efecto, parece ser una de las antiguas estatuas de la diosa en su condición primitiva



JUAN DOMINGO AUGUSTO INGRES.

célebre pintor francés.

cuando se halla a pintada por algún hábil pintor encicástico.

Ingres era individuo del Instituto Francés, senador del Imperio y gran oficial de la Legión de Honor.

M.

LA VISITA DE ENHORABUENA.

Un nuevo individuo acaba de hacer su aparición en este valle de lágrimas, en medio del júbilo de la familia, que, siquiera por un momento, no recuerda las que ha vertido, y mucho ménos las que le restan de verter.

UNA VISTA DE ENTORRASCADA.



El padre somete su obra á la contemplación y á la admiración de los amigos y amigas que han ido á felicitarle; sí, señores, á la admiración, porque el sucesor es ya á los ojos del padre un modelo acabado de perfecciones físicas y morales.

Los visitantes han de afirmar siempre que el hijo se parece al padre, esto es de *ene*, y aunque no se precien de adivinos, han de convenir con él, que les muestra la criatura, en que la fisonomía de ésta revela una inteligencia que, desarrollada con el tiempo, se perderá de vista.

En tanto, nunca falta una pareja de enamorados que en un rincón del aposento envidian la dicha suprema de la paternidad, que tantos gozos proporciona al hogar doméstico y tantos ciudadanos útiles (es un decir) al Estado.

¡Qué alegría resplandee en el rostro del padre, y cómo sabe él mismo comunicarla á los que se le acercan!

A.

CAÑÓN PARA MATAR BALLENAS

INVENTADO POR H. G. CORDEN EN REMENHAVEN.

Este cañón para la pesca de la ballena ha dado ya resultados en extremo satisfactorios, por cuya razón la mayor parte de los pescadores de ballenas del mar Norte le llaman á bordo. Descansa en una especie de boga y se descarga tirando de los dos botones que se hallan al extremo de las cuerdas que hay en la parte posterior del cañón, mientras que con la otra mano se conserva en la dirección que debe tener con arreglo á los movimientos de la ballena y á la dirección del buque. El cañón tiene de largo 24 pulgadas y pesa 160 libras. Para este cañón hay dos arpones y una lanza-bomba; uno de los arpones tiene el mango de madera, el otro de hierro (cada uno de los cuales ofrece sus ventajas), siendo también en ellos la cabeza ó punta de hierro de 5 pulgadas de largo. En el arpon hay asegurado por delante un cable de 20 brazas de largo y 2 y media pulgadas de ancho, que el arpon de hierro conduce hasta la parte posterior y vuelve otra vez hasta el principio. Más interesante que estos arpones, á los que, según la opinión de los inteligentes, probablemente hará dentro de poco del todo innecesario, es la lanza de bomba de 15 pulgadas de largo y 2 y media de grueso. Es de hierro y tiene una punta de 5 pulgadas de largo y una parte cilíndrica de 8 pulgadas de longitud. En ésta encaja una clavija de latón de 2 pulgadas de largo con tres abrazaderas que encajan en el cañón, por las cuales se les hace girar al rededor de un eje.

En la clavija está puesta la mecha, y se halla construida de tal modo, que arde dentro del agua y aun en un espacio muy cerrado y veinticinco segundos después del disparo del cañón, llegando á la parte

cilíndrica de la lanza de la bomba, que está cargada con $\frac{1}{4}$ de libra en materia inflamante.

Se ha pensado también en un cañón corto y en un arpon pequeño, que ofrecen la ventaja de no hundirse pronto, y que además necesitan poca elevación, por lo cual se pueden dirigir con más certeza. Si el pescado está en una superficie plana, puede alcanzarse de un modo más directo y herirse con más fuerza.

La explosión es tan intensa, que el éxito debe ser más seguro y más violento que cualquier otro medio. En el lugar correspondiente verán nuestros suscritores un grabado que da idea de su forma y mecanismo.

SUCEDIDO.

Qué hermosa estaba María
Treinta años atrás, ¡qué hermosa!
Pero en cambio, ¡qué horrorosa
La hallé ayer en el tranvía!

En Recoletos entró,
Y de mí sentóse enfrente;
Rostro más indiferente
Mujer alguna ostentó.

¡Quién al mirarla dijera
Que hizo en el ramo de artistas
Más y mayores conquistas
Que el mismo Jérjes hiciera!

Junto á ella estuve abonado.....
¡Ya ha llovido después de esto!
En el Real, un turno sexto,
Turno muy solicitado.

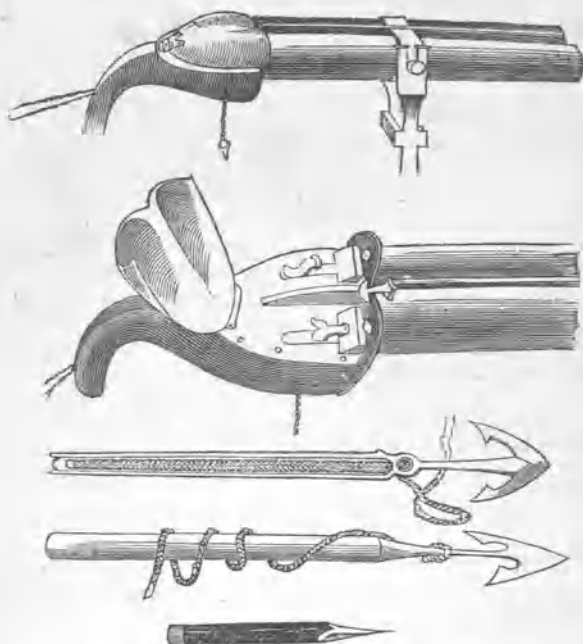
Luégo no la volví á ver,
Y ya muerta la creía.....
Y lo está, por vida mía;
¿No es morir envejecer?

¿Dónde irá tan de trapillo?
¿Cuál es su historia presente?
Pensaba yo, casi enfrente
De la calle del Barquillo.

En esto se incorporó,
Echóse atrás el pañuelo,
Y alzando la vista al cielo,
Humilde se santiguó.

Y hoy me pregunto á mí solo,
Y responderme no sé:
— Dime, pedazo de bolo,
¿Es que hace la cruz á Apolo
Ó que la hace á San José?

MANUEL DEL PALACIO.



CAÑON PARA MATAR BALLENAS.

JEROGLÍFICO.



La solución en el número próximo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Como prometimos en el número anterior, al presente acompañan las cubiertas, portadas é indice del primer tomo de nuestra publicacion.

Accediendo á los deseos manifestados por algunos de nuestros favorecedores, hemos hecho fabricar unas tapas especiales en tela encarnada, que se venden al precio de 1,75 pesetas cada juego.

Los que deseen que esta casa se encargue de la encuadernacion del tomo, pueden remitirnos los números correspondientes y se los devolveremos, magníficamente encuadernados, mediante la suma de 2,50 pesetas.

SUMARIO.

GRABADOS.—La muerte de Jesus, cuadro de Simón Rati.—Jesús Domingo Augusto Ingres.—Una visita de enfombotona.—Cañon para matar ballenas.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.—Jeroglífico.

TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verné.—El Tigre blanco, Luis Bonussenard.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y mapaches en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—Nazareth.—El papa en la familia.—El pintor Ingres.—La visita de enhorabuena.—Cañon para matar ballenas.—Sucesido.—Advertencia importante.